BOLSILIBROS

Selección

TERROR

LOU CARRIGAN

ALUCINACIONES

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Ella reía. ¡Oh, cómo reía, y reía…! Finalmente, él quedaba suspendido justo encima de la gran caldera llena de aceite hirviendo.

Era entonces cuando dejaba de gritar. Lívido, descompuesto el rostro por el terror, miraba hacia abajo, de donde le llegaba el calor y el olor del aceite hirviendo, que crujía suavemente. Todavía la miraba de nuevo, y luego miraba alrededor, y veía aquel sórdido lugar desconocido para él pese a que estaba en su propia casa. ¿Cómo era posible que en su casa hubiera aquel sótano tétrico, horripilante, lleno de cabezas disecadas, de trofeos escalofriantes de otros hombres, de zonas oscuras que sugerían tenebrosidades malignas…?

Ella comenzaba a maniobrar en la cadena, y los pies de él se acercaban más a la superficie del aceite hirviendo. A medida que ella lo bajaba, él intentaba evitar el contacto flexionando las piernas. Al principio lo conseguía, durante unos momentos, pero no era precisamente un atleta, sus músculos cedían pronto, las piernas se distendían y los pies tocaban, ¡por fin!, el aceite hirviendo.

A partir de entonces, cuando él comenzaba a aullar presa del más espantoso miedo y dolor, era cuando el gozo de ella iniciaba la curva decididamente ascendente. ¡Aquellos maravillosos gritos de dolor y miedo! ¡Aquel olor a carne frita, que se iba intensificando a medida que el cuerpo de él se iba sumergiendo en el aceite contenido en la gran caldera…!

Oh, era sencillamente el éxtasis.

¡El éxtasis más absoluto!

Lectulandia

Lou Carrigan

Alucinaciones

Bolsilibros: Selección Terror - 424

ePub r1.0
Karras 14-07-2019

Título original: *Alucinaciones*
Lou Carrigan, 1981
Ilustración de cubierta: Antonio Bernal

Editor digital: Karras
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

- Alucinaciones
- Capítulo primero
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V
- Capítulo VI
- Capítulo VII
- Capítulo VIII
- Este es el final
- Sobre el autor

ALUCINACIONES

Lo más divertido era lo del aceite hirviendo.

Bueno, había perversiones de toda clase, naturalmente, empezando por las sexuales, en las que le hacía sufrir de un modo en verdad atroz, y aquellas otras en que las torturas llegaban a límites insoportables, como por ejemplo, cuando le iba serrando los dedos de las manos uno a uno…

Pero no.

No.

Lo que más la divertía era lo del aceite hirviendo. Tenía algo muy especial aquello del aceite, y, analizándolo, había llegado a la conclusión de que bien podía ser debido al olor.

El olor a carne frita.

¡Era maravilloso!

Todo, todo lo relacionado con el aceite hirviendo era maravillosamente divertido. Primero le ayudaba a desnudarse, haciéndole caricias intimas, sonriéndole de un modo prometedor, como si fuese a proporcionarle vivencias paradisíacas. Ah, claro, ella también estaba desnuda entonces. ¡Y él la deseaba tanto…! Ella le hacía creer que todo iba a ser como él ansiaba. Sí, aquellas caricias íntimas, los besos en la boca, los tiernos abrazos, la cálida risa con que ella le obsequiaba. ¡De locura!

Entonces, cuando más encendido estaba él, ella le engañaba ¡Vaya si le engañaba!

—Querido —le decía—, se me ha ocurrido algo fantástico y maravilloso.

—¿Qué es? —exclamaba él, temblando la voz de deseo que se atrevía a llamar amor, el muy cerdo.

—Déjame sorprenderte. Ya verás, primero tengo que atarte las manos y los pies…

—¿Qué? —se pasmaba él—. ¿Para qué tienes que hacer eso?

—¡Para darte la sorpresa! Oh, vamos, no seas malo con tu amorcito… ¿No vas a complacerme, muchachito mío?

Él sonreía y cedía. Lo hacía siempre cuando lo llamaba así, «muchachito mío». Seguramente le enternecía con esta frase cariñosa… e inadecuada, naturalmente, pues él tenía ya más de cincuenta años era bastante calvo, estaba más bien grueso… De muchachito no tenía nada. ¡Cerdo!

Sí, él sonreía y cedía. ¿Qué no haría por ella, en qué no la complacería cuando le llamaba «muchachito mío», y más en aquellas circunstancias tan cercanas al amor, a la consecución, una vez más, del cuerpo de ella? Se dejaba atar las manos y los pies. Entonces, desnudo y así atado, estaba patético y asqueroso. ¡Sí, asqueroso!

—¿Y ahora? —preguntaba cuando ya estaba atado.

—Ya verás, amor mío… ¡Ya verás qué divertido!

De momento él no comprendía nada. Pero comenzaba a gritar cuando ella, agarrándole por los tobillos, le arrastraba por el suelo, haciendo rebotar su cabeza contra el liso mosaico y luego en los escalones que bajaban al sótano donde estaba la enorme caldera con el aceite ya hirviendo.

El denso aceite hirviente.

Entonces, él empezaba a comprender, pero no quería creer. Se resistía a creer lo que ella le iba a hacer. ¡No podía admitirlo de ninguna manera! Pero ella le llevaba hasta donde colgaban los ganchos de la polea pendiente del techo, pasaba los ganchos por las cuerdas que sujetaban sus manos y brazos, y comenzaba a tirar de la cadena. Lentamente, ya gritando, él iba subiendo hacia el techo, suspendido como un grotesco muñeco.

Claro, él ya había empezado a gritar.

—¿Qué haces? ¡Bájame de aquí! ¡Te ordeno que me bajes de aquí, bájame inmediatamente y desátame!

Ella reía. ¡Oh, cómo reía, y reía…! Finalmente, él quedaba suspendido justo encima de la gran caldera llena de aceite hirviendo.

Era entonces cuando dejaba de gritar. Lívido, descompuesto el rostro por el terror, miraba hacia abajo, de donde le llegaba el calor y el olor del aceite hirviendo, que crujía suavemente. Todavía la miraba de nuevo, y luego miraba alrededor, y veía aquel sórdido lugar desconocido para él pese a que estaba en su propia casa. ¿Cómo era posible que en su casa hubiera aquel sótano tétrico, horripilante, lleno de cabezas disecadas, de trofeos escalofriantes de otros hombres, de zonas oscuras que sugerían tenebrosidades malignas…?

Ella comenzaba a maniobrar en la cadena, y los pies de él se acercaban más a la superficie del aceite hirviendo. A medida que ella lo bajaba, él intentaba evitar el contacto flexionando las piernas. Al principio lo conseguía, durante unos momentos, pero no era precisamente un atleta, sus músculos cedían pronto, las piernas se distendían y los pies tocaban, ¡por fin!, el aceite hirviendo.

A partir de entonces, cuando él comenzaba a aullar presa del más espantoso miedo y dolor, era cuando el gozo de ella iniciaba la curva decididamente ascendente. ¡Aquellos maravillosos gritos de dolor y miedo! ¡Aquel olor a carne frita, que se iba intensificando a medida que el cuerpo de él se iba sumergiendo en el aceite contenido en la gran caldera…!

Oh, era sencillamente el éxtasis.

¡El éxtasis más absoluto!

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba extasiado.

El muy atractivo e inteligente Craig Maxwell, doctor en psiquiatría, estaba extasiado ante tanta belleza. La señora Loomix, su enfermera, ayudante y secretaria, todo en una pieza, le había anunciado la visita, y él con su habitual cortesía, había acudido a la puerta del despacho a recibirla.

La señora Loomix le había dicho:

—Doctor, está aquí la señorita Norris, que tenía hora reservada. ¿Puede pasar?

—Naturalmente, señora Loomix.

Lo que no le había dicho la señora Loomix era cuán bella era la señorita Norris. Alta, de cuerpo esbelto y armonioso, elegante. Una rubia de ojos color miel y boca redonda y sonrosada. Una imagen tentadora, juvenil, deliciosa. Un bombón. Una maravilla, vamos.

Así que, ahora, teniéndola ante él, el doctor en psiquiatría Craig Maxwell estaba extasiado. Fascinado. ¡Era la criatura más encantadora que había visto en su vida!

Ella le miraba con curiosidad y un leve desconcierto. Craig cayó de pronto en la cuenta de esto, y comprendió que la muchacha tenía razón. Ella había saludado muy cortésmente diciendo un sencillo «buenas tardes, doctor», y él se había quedado mudo, pasmado. Fascinado. Extasiado.

Reaccionó de pronto, sonriendo y tendiendo la mano con el gesto cordial y simpático de una persona que inspira confianza a primera vista.

—Buenas tardes, señorita Norris —apretó suavemente su mano fina y tierna—. Perdone mi desconcierto. Me ha sorprendido usted.

—¿Le he sorprendido? —se sorprendió ahora ella—. ¿En qué?

Craig carraspeó, y señaló hacia su mesa, frente a la cual había un par de confortables sillones.

—Por favor, siéntese. ¿Desea tomar café, té…, quizá alguna otra cosa?

Prudence Norris le miraba con aquel gesto de curiosidad, pero terminó por sonreír levemente, dirigiéndose hacia los sillones, uno de los cuales ocupó, mientras decía:

—Me conformaría con un cigarrillo, si es usted tan amable. Se me han terminado los míos.

—Cómo no —murmuró Craig Maxwell.

Le ofreció la cajita, encendió el cigarrillo que ella eligió, y luego fue a sentarse en su sillón, frente a la muchacha, mesa de por medio. Era preciosa. ¡Preciosa! Sus rubios cabellos, bastante largos, aparecían deliciosamente alborotados. Cuando fumaba, parecía que estuviese besando el cigarrillo… Las creencias de Craig Maxwell respecto a que no existía el amor a primera vista se estaban desmoronando rápidamente. ¡Vaya si existía!

—Ejem… Bien, señorita Norris… Es la primera vez que tengo el gusto de recibirla, ¿no es cierto?

—Es cierto —sonrió ella.

—Sí, es cierto. No la habría olvidado, naturalmente. Ante todo, le agradezco que me haya elegido a mí y espero que pronto se establecerá entre nosotros una corriente de confianza que facilitará mucho las cosas. Lo primero que quiero que sepa es que no hay ningún problema imposible de resolver, así que…

—Doctor Maxwell.

—¿Sí?

—Francamente, no esperaba que fuese usted tan joven.

—¿Tan joven? Caramba, muchas gracias, señorita Norris, pero le aseguro que ya he cumplido los treinta.

—¡Oh!

—¿No le parece suficiente edad?

—Bueno, yo… había pensado en un psiquiatra digamos con más… experiencia.

—Entiendo. Sí, lógicamente tendré más experiencia cuando tenga sesenta años. Pero, señorita Norris, jamás alcanzare esa experiencia si mis clientes de ahora me consideran demasiado joven y no me confían sus problemas…, que son los que me irán proporcionando esa experiencia. De todos modos, usted no está comprometida a nada conmigo, así que comprenderé su decisión de ir en busca de un psiquiatra en el que, hace años, confiaron otras personas.

—Eso es todo un rapapolvo para mí, doctor.

—Lo siento de veras. Sin embargo, espero que admita usted que estoy en lo cierto.

—Si… Lo admito. Y estoy dispuesta a confiar en usted.

—Se lo agradezco mucho. Como le decía, no hay ningún problema insoluble, así que… —Espere, doctor. Yo no tengo ningún problema. Quiero decir que el problema que vengo a exponerle no es personal.

—¡Ah! ¿Viene en representación de alguna persona… tímida, quizá?

—Bueno, yo no diría que esa persona es tímida, ni mucho menos. Y, además, ella no sabe que he dado este paso. Dudo mucho que tenga la menor idea respecto a mi decisión de consultar a un psiquiatra sobre ella.

—¿Es una mujer?

—Sí. Mi madrastra. Me he permitido traerle una fotografía, por si le sirve a usted de algo.

Craig parpadeó.

—Puede ayudar —admitió—. A veces, conocer por referencias a una persona puede darnos una idea aproximada de su carácter, pero espero que entienda usted que no hay nada que supere a una entrevista personal.

—Lo comprendo. De todos modos, me gustaría enseñarle la fotografía de mi madrastra.

Craig asintió, y se quedó mirando a Prudence Norris mientras ésta abría su bolso y sacaba una fotografía, que le tendió por encima de la mesa. Verdaderamente, Craig Maxwell se llevó una sorpresa cuando vio a la madrastra de la señorita Norris. Sorpresa justificada, ya que la mujer que aparecía en la fotografía no debía tener más de un par de años más que la propia señorita Norris.

Era bellísima. Pelirroja, de grandes ojos verdes, boca sensual, sonrisa encantadora, luminosa… Tenía algunas pecas, lo que le daba un cierto aire de simpática malicia. Una muchacha deliciosa.

No aparecía sola en la fotografía. Junto a ella se veía un hombre de unos cincuenta y tantos años, calvo avanzado, de facciones un tanto blandas, ojos oscuros de expresión inteligente. Ambas cabezas permanecían muy juntas en la fotografía, que era poco menos que un primer plano. Craig pensó que le gustaría ver el cuerpo de la pelirroja, pero, naturalmente, no hizo mención a ello.

—Supongo —dijo— que el caballero que está con ella es el padre de usted.

—Sí, claro. Ella se llama Rebecca Sonnier…, Rebecca Norris desde hace casi un año, que fue cuando se casó con mi padre. Mi padre tiene cincuenta y dos años, y Rebecca veintiséis. Justamente, él le dobla la edad a ella.

—Sí… Bueno, la señorita Norris es muy bonita… ¿Han surgido problemas entre usted y ella?

—No, no. Las dos somos… ¿cómo diría yo?… suficientemente educadas e inteligentes para evitar vulgares enfrentamientos. Ningún problema entre Rebecca y yo, doctor.

—¿Quizá entre ella y su padre? —sugirió Craig.

—Bueno… No, que yo sepa.

—Ha titubeado usted, señorita Norris. En cuanto a mí, el hecho de que hubieran problemas entre un hombre de cincuenta y dos años y una mujer de veintiséis, no me parecería increíble, francamente. ¿Seguro que no se trata de eso?

—Bien… Yo diría que Rebecca y mi padre se llevan bien, y en cuanto a mi padre sigue muy enamorado de ella. Es fácil comprender eso, ¿verdad?

—Sí —sonrió Craig—, es fácil.

—En cambio, ya no es tan fácil pensar que Rebecca esté loca por mi padre, ¿no le parece?

—Todo puede ser —deslizó prudentemente Craig.

—Sí, sí, pero… Bien, el hecho cierto es que papá es muy rico, y que… ¡Oh, vamos, está claro que ella se casó con él por su dinero, doctor! Aunque me he guardado muy bien de hablar de esto con mi padre, tengo la certeza de que ella no le ama. No al menos como él a ella, no como podría amar a un hombre más… adecuado para ella. No crea que con esto trato de decir que puedo reprocharle cosas a Rebecca, ni mucho menos. La verdad es que no tengo nada que reprocharle. No de un modo concreto, claro. Bien… O sea…

—Señorita Norris: esta conversación será mucho más fructífera si confía usted plenamente en mí, y me cuenta directa y claramente cuál es el problema. De otro modo, no vale la pena que usted se esfuerce más.

Prudence Norris suspiró profundamente.

—Tiene usted razón —admitió—. Lo que yo quería consultarle a usted se refiere a la… expresión de los ojos de Rebecca.

Craig bajó la mirada hacia la fotografía que todavía sostenía entre sus dedos. Miró los verdes ojos de Rebecca Norris. Luego, volvió a mirar a Prudence.

—A mí me parecen unos ojos normales…, y muy bonitos.

—Sí, pero últimamente… expresan… algo escalofriante. No sabría expresarlo con la claridad que quisiera, lo siento. Es una expresión que… que me pone los cabellos de punta. Se queda mirando fijamente a mi padre, y… y aparece entonces esa expresión de maldad.

—¿De maldad?

—Sí. Es una expresión… perversa, malvada.

—¿Digamos una mirada de odio?

—No, no, no… Ya he pensado en eso. He pensado que podría ser que actualmente no sienta por mi padre ni siquiera la… amabilidad que pudiera dedicarle al principio como… compensación por haberla convertido en una mujer rica. Se me ha ocurrido que, con el tiempo, se haya arrepentido de haberse casado con él y que ahora le odie por tener que… hacer las concesiones propias del matrimonio, por tener que entregarse a los deseos de mi padre. Pero no es eso. Yo no diría que es odio, sino maldad, perversión. ¿Es posible esto?

—Sí.

—¿Realmente? —exclamó Prudence.

—Hay personas que hacen cosas malvadas sin que el odio intervenga. El mal por el gusto de hacer el mal. Por ejemplo, muchas personas disfrutan torturando animales. Y hasta a otras personas. No los odian, ni a los animales ni a las otras personas, pero disfrutan haciéndoles daño. Conocí en mi infancia a un muchacho que disfrutaba metiendo gatos en un saco y tirándolos contra la pared. No los odiaba en absoluto: simplemente, se divertía haciendo aquello. Se divertía mucho. Y a decir verdad, cuando me fui haciendo mayor y fui recordando aquello, comencé a sentir la necesidad de encontrarle una explicación…, que me ha conducido hasta este sillón.

—¿Lo que hacía aquel muchacho le encaminó hacia la psiquiatría?

—Digamos que fue el punto de partida. Luego me fui fijando en otras cosas, y llegué a la conclusión de que si hay algo que realmente merezca profundos estudios es la mente humana. Así que me doctoré en Psiquiatría.

—¿Ha llegado a saber por qué aquel muchacho tiraba gatos contra la pared?

—Francamente, no. A menos que la explicación sea todo lo simple que parece: simplemente, era malvado. Usted es rubia, como yo. Pues bien: aquel muchacho era malvado. Pero después me fui dando cuenta de que no era malvado solamente con los gatos, sino con todo. Había en él una maldad innata…, que ahora me gustaría estudiar. Lástima que no sé ahora dónde está aquel muchacho. Le trataría gratis. Pero, volvamos a su joven madrastra: ¿ha hecho ella algo que exprese maldad?

—No, nada. Sólo mira a mi padre… de ese modo.

—La pregunta es un tanto delicada, pero obligada: ¿ha hecho su padre de usted algo que pueda haberle hecho ganar el odio de su madrastra?

—¡Claro que no! ¡La adora!

—Bueno, señorita Norris, a veces ocurren cosas en las intimidades de un matrimonio que personas ajenas a éste no pueden comprender.

—Le digo a usted que la adora. Jamás haría mi padre nada que le procurase el odio de Rebecca. ¡Puede estar seguro de eso!

—Busquemos por otro lado, entonces… ¿Su madrastra mira con odio, con… perversión y maldad, quiero decir, a otras personas, o animales…?

—No… No. Sólo a mi padre. A veces, estamos tomando café, o charlando, o vamos en coche…, y ella se queda mirándole de ese modo. ¡Dios mío, es una mirada malvada, perversa, cruel! Parece… como si algo horrible la estuviera… divirtiendo mucho. Es una expresión maligna.

—Pero no de odio.

—No. De odio, no.

—Y sólo mira así a su padre.

—Sólo a él, sí.

Craig Maxwell volvió a mirar la fotografía. Dedicó toda su atención no sólo al rostro y los ojos de Rebecca Norris, sino a los del hombre que aparecía sonriente y feliz junto a ella, que parecía no menos feliz. Durante un minuto largo, el joven psiquiatra permaneció en silencio, absorto en la fotografía, como olvidado de la presencia de su linda consultante.

Por fin, la miró, alzando la cabeza.

—Hay una cosa que es indiscutible, señorita Norris —murmuró—: la mente humana nunca descansa, siempre hay algún pensamiento en ella. En este caso, lo conveniente sería saber qué clase de pensamientos hay en la mente de su madrastra cuando mira de ese modo a su padre, lamentablemente, no es posible saber qué pensamientos hay en la mente de una persona. Sin embargo, si podría ser factible llegar a conocer las causas que originan en las personas, determinadas actitudes o acciones… o miradas. Por lo que usted me ha dicho hasta ahora, parece que no conoce causa alguna que pueda dar lugar a esas miradas de maldad en su madrastra. ¿Es así?

—No conozco causa alguna.

—Pero debe existir. Debe existir una causa. Y eso es lo que podríamos buscar… si usted quiere que nos ocupemos de este extraño asunto de lleno y con un mínimo de eficacia. ¿Lo desea realmente?

—Doctor Maxwell, tengo tanto miedo…

—¿Miedo? ¿A las miradas de su madrastra?

—¡Un miedo horroroso! Usted… usted no ha visto esa expresión de maldad, de perversión, de crueldad…

—No, no la he visto. Y me gustaría verla, francamente. De todos modos, lo más interesante de todo sería que yo pudiese hablar con su madrastra sobre…

—¡No! ¡No quiero que ella sepa que me he dado cuenta, ni que he venido a consultarle a usted!

—Eso dificultará las cosas. Me pregunto cómo voy a poder trabajar en esto sin conversar con su madrastra.

—Bueno, podría usted frecuentar nuestra casa, y… y con seguridad podría ver alguna de esas miradas, y quizá entonces pudiera formular algún… diagnóstico.

—Según parece, usted se me ha adelantado en eso —sonrió Craig—. Me parece lo bastante inteligente para aceptar su versión respecto a las miradas de su madrastra hacia su padre, así que aunque me gustaría mucho verlas personalmente, temo que llegaría a la misma conclusión que usted…, con lo que no adelantaríamos nada. En cambio, si adelantaríamos si pudiéramos encontrar alguna causa pura esas miradas malvadas. Quizá su madrastra, como el muchacho de los gatos, sea simplemente malvada, pero entonces…, ¿por qué sólo con su padre? ¿Seguro que él no le ha dado algún motivo…, por disparatado que éste pueda ser?

—Jamás creería eso de mi padre. Pero aunque así fuese, si hubiera ocurrido algo, yo lo sabría.

—Me permito dudar eso, señorita Norris, pero si le parece bien, de momento enfocaremos el asunto como si usted no pudiera equivocarse. Dígame: ¿teme usted el importe de mi minuta?

—Desde luego que no.

—En ese caso, sea tan amable de dejarle a la señora Loomix su dirección y teléfono, y yo la visitaré o la llamaré dentro de una semana, más o menos.

—¿Una semana? ¡Pero yo había pensado…!

—Me gustaría que confiase usted en mí, señorita Norris. Si le pido una semana es porque necesito ese tiempo para preparar las cosas. No soy de los que gustan de perder el tiempo.

—De acuerdo.

—Gracias. ¿Puedo quedarme con la fotografía durante estos días?

—Si lo cree necesario…

—Desde luego. —Craig se puso en pie—. No olvide dejar sus datos a la señora Loomix, por favor.

La acompañó hasta la puerta del despacho, volvió a su mesa, y de nuevo se quedó mirando la fotografía. Todavía estaba en ello cuando la señora

Loomix llamó por el intercomunicador.

—Diga, señora Loomix.

—La señora Rowan está esperando, doctor. ¿La hago pasar?

—Sí, sí. Luego, sea tan amable de localizar a Brett, y dígale que me gastaría tomar una copa con él esta tarde, después de las seis. Que elija él mismo el sitio.

—Muy bien, doctor. Paso a la señora Rowan y llamo inmediatamente al señor Lanigan…

* * *

Brett Lanigan, detective privado, emitió un silbidito en cuanto vio la fotografía, después que Craig Maxwell le hubo puesto al corriente de lo que esperaba de él.

—¡Caray…! ¡Qué belleza, chico!

—Sí, no está mal —sonrió Craig.

—¡Coño, que no está mal, dice…! ¡Está jamón!

—Bueno, bueno… ¿Me has entendido bien. Brett?

—Pregunta tonta. Es como si yo te preguntara a ti si has entendido bien a uno de tus pacientes. ¡Qué vueltas da la vida! ¿Eh? ¿Quién nos habría de decir que trabajaríamos juntos?

—¿Por qué no? —se sorprendió Craig—. No carece de sentido, considerando que ambos estudiamos juntos y que…

—Sí, ya sé todo ese rollo. Pero tú te metiste en eso de las cabezas ajenas, y yo a fisgar por cuenta de otros. La cosa parecía de lo más divergente, ¿no es cierto? Y sin embargo, no es la primera vez que me llamas para tus cosas.

—Me pregunto por qué demonios tienes que utilizar esa jerga conmigo —masculló Craig—. A veces pareces un patán.

—Pero no lo soy —guiñó un ojo Brett Lanigan—, y ahí está el truco. Tú no sabes la de gente que me encuentra simpático utilizando esa jerga y determinados modales. Ah, una cosa: ¿cómo andamos de gastos?

—Tranquilo. Quiero un informe completo, total. No hay problema en ese sentido.

—Cliente rico, ¿eh? De acuerdo, caso aceptado. Oye, ¿qué te parece si ya que hemos empezado a beber juntos nos vamos a cenar por ahí y cargamos las gastos a la cuenta de tu cliente?

—¿De verdad te has vuelto tan granuja? —rió Craig.

—No, pero quería saber si tú sí.

—Tampoco. Anda, vamos a cenar. Te invito.

Antes de guardarse la fotografía, Brett Lanigan la volvió a mirar, y masculló:

—Francamente, preferiría cenar con la señora Norris, pero, en fin…, ¡tú tampoco eres feo!

CAPÍTULO II

—¡Eres tan hermosa! —jadeó Ronald Norris.

Rebecca le sonrió. Él casi siempre empezaba así cuando quería hacerlo. Se quedaba mirándola mientras se desnudaba, y luego, cuando ya estaba completamente desnuda, se acercaba a ella, le ponía las manos sobre los pechos, y jadeaba:

—¡Eres tan hermosa…!

Y ella le sonreía.

Siempre, siempre, siempre le sonreía cuando él decía que era tan hermosa. Entonces, él apretaba los pechos ávidamente, bajaba las manos hacia las caderas, la atraía, y le besaba en la boca. Casi siempre empezaban así, de pie, como si Ronald no tuviera paciencia para esperar a que estuviesen en la cama.

Durante unos minutos, se besaban y se acariciaban. Luego, si, iban a la cama, y él, ya muy excitado, procedía a penetrarla rápidamente, anhelante, volviendo a decirlo:

—¡Eres tan hermosa…! ¡Y te amo tanto, Becky!

Ah, sí, casi siempre utilizaba el diminutivo cuando se disponía a poseerla. Y esto era un error, porque. Rebecca Norris se sentía todavía más joven de lo que era, casi como una niña, y su percepción se afinaba, captaba todavía con más intensidad la diferencia de edad existente entre ambos. Sí era un error por parte de Ronald llamarla Becky.

Pero el error había sido inicialmente de ella, al cargar con él. Claro que… ¡tenía tanto dinero! Pensó que sería fácil vivir con él. Al fin y al cabo, un hombre de su edad poco podría importunarla con peticiones sexuales…

Se había equivocado.

Se había equivocado por completo, porque Ronald Norris, sin ser joven, ni apuesto, ni interesante, ni conservar ninguna forma atlética de juventud, era en cambio muy vigoroso sexualmente. Vigoroso e incansable. La verdad era que casi ningún día dejaba de llamarla Becky. Ella había creído, cuando decidió casarse con él, que todo se reduciría a contactos semanales, e incluso más espaciados. ¡Vaya chasco…! Casi todas las noches él la poseía, disfrutaba de su cuerpo cálido y turgente. Y algunas noches, más de una vez. ¿Quién habría podido imaginar esto del educado, apacible, reposado y correcto Ronald Norris?

Pero allí estaba la verdad. Allí, en la cama y cada noche.

Ella sentía su boca blanda y húmeda en la suya, y la sentía en su vientre, en los pechos, en su garganta… Oía cómo los jadeos de él se iban desplazando de un lado a otro de su cuerpo en su reparto de besos, como si quisiera conocer con sus labios cada rincón de su cuerpo, que cada día se tensaba más.

Seguramente, llegaría el momento en que ya no podría soportarlo más.

¿Qué pasaría entonces? ¿Qué pasaría cuando ella, por fin, incapaz de resistir sus besos y su… adentramiento, lo rechazase? Posiblemente, Ronald se sorprendería primero. Luego, las cosas comenzarían a ponerse mal, y, claro, terminarían en divorcio. ¿Y para eso se había sacrificado ella casándose con él? ¿Para divorciarse luego con una pensión más o menos aceptable? ¡Para eso no valía la pena, habría sido mejor hacer de ramera eligiendo los hombres a su gusto, y así, al menos, habría obtenido satisfacción personal además de dinero…!

No. No había aceptado casarse con él para eso, sino para tener más, mucho más. Claro que habría tenido que esperar, pero habría podido hacerlo si Ronald no hubiera sido tan… vigoroso. ¡Si nada más lo hubieran hecho cada ocho o diez días…! ¡Pero *cada día*…! ¡Todos los días!

¡Estaba harta y asqueada!

Sin embargo, todavía, como todas las noches desde hacía casi un año, ella le sonrió cuando él le dijo cuán hermosa era. Y se dejó besar en la boca, y acariciar, y llevar luego a la cama. ¿Cómo era posible que él no se diera cuenta de que su joven esposa detestaba ya con toda su alma aquellos momentos?

Pero, detestándolos o no, allá estaban, ya en la cama. Y él, como cada noche, no esperó demasiado.

Rebecca sintió su intromisión, y suspiró con desaliento, si bien él, como siempre, interpretó aquel suspiro de modo muy diferente.

—Mi vida —jadeó—. Yo también estoy tan impaciente…

Él comenzó a moverse.

Rebecca cerró los ojos, e hizo lo que pudo para que las cosas no empezaran a ir mal. De nuevo lo consiguió, supo estar a la altura de las circunstancias, o, al menos, a la altura que él esperaba. Lo oyó suspirar muy complacido, y luego sintió su cansado beso en un pecho, y después en la boca.

Y luego:

—Buenas noches, querida Becky, mi amor…

Él apagó la luz.

Rebecca quedó con los ojos abiertos, todavía en sus labios aquella sonrisa como congelada, todavía con apariencias risueñas sus hermosos ojos verdes.

En el amplio ventanal parecía adherirse y esparcirse luego por el lujoso dormitorio el colorido lumínico de la noche neoyorquina. Y aquellas luces se reflejaban en los ojos de Rebecca Norris, cada vez con destellos más fríos. Unos ojos que parecían ir helándose, hasta que aparecía aquella… satisfacción perversa.

Ah, sí, ya comenzaba a suceder todo.

Patty había tenido razón, aquello valía la pena. Le estaba muy agradecida a Patty, a Patricia Ramsey, por haberle proporcionado aquella dirección, por haberla aconsejado de aquel modo… ¡La venganza era maravillosa!

—¡Ya lo tenía!

En esta ocasión, él estaba tendido sobre unas barras de hielo, desnudo. Su cuerpo estaba ya de un color… azulado. Sí, azulado. Él estaba tendido sobre las barras de hielo, prácticamente congelado, y la miraba con los párpados muy separados, ya sin poder moverlos: los tenía congelados, como todo.

Como todo.

Ella se echaba a reír entonces, y mostraba el martillo que sostenía en la mano derecha.

—¡Míralo! —exigía—. ¿Ves este martillo?

Ronald todavía podía mover los globos oculares, miraba el martillo, y luego de nuevo a ella. Estaba tan congelado que ni siquiera podía hablar. Congelado como… ¡como un pollo!

—Sí que lo ves, ¿verdad? Y hasta seguramente estás adivinando lo que pienso hacer con él: golpearte. Estás tan congelado que si te golpeo te romperás a pedazos, como si fueses de cristal, o de hielo. Pues bien, voy a golpearte, voy a disfrutar haciéndote mucho más daño del que tú me haces a mí con tu maldito vigor… ¡Voy a golpearte precisamente ahí, para empezar!

Parecía que Ronald quisiera gritar, pero no podía. No podía ni siquiera mover los labios. Todo lo que podía hacer era seguir con la mirada el martillo, que ella iba alzando lentamente, lentamente… Eso era todo lo que podía hacer.

Y luego, de súbito, expresar aquel terror cuando ella bajaba el martillo con fuerza, con velocidad.

El cuerpo de él crujía como si fuese de cristal, sí. El primer golpe acertó de lleno los genitales masculinos. ¡Justamente donde ella quería, justamente ahí, en el punto más repugnante del cuerpo de él!

¡Crash!, crujía el cuerpo de Ronald Norris, como si fuese de cristal, o de hielo. O quizá como una figura de porcelana.

¿Por qué no? ¿O de barro…? No, de barro no, porque no crujía de aquel modo tan sonoro, tan… alegre.

¡Oh, sí, qué alegre era el sonido del martillo contra el cuerpo de él, qué… deliciosa música se creaba cuando el hierro rompía el cuerpo masculino, que saltaba en cortantes pedazos de un lado a otro, pulverizado en parte…! El martillo caía primero sobre la parte más odiada, que quedaba pulverizada.

Luego, seguía cayendo una y otra vez sobre el resto del cuerpo. ¡Crash!, y un brazo saltaba roto en pedazos como… como si fuese una botella. ¡Qué congelado estaba el maldito! ¡Crash!, y saltaba parte de una pierna. ¡Crash!, y el martillo se hundía en las cristalinas costillas, dejando al descubierto el congelado corazón. ¡Crash!, y parte de la cabeza de él saltaba en una lluvia de cristales helados. ¡Crash!, y la otra pierna quedaba pulverizada…

¡Crash, crash, crash, crash, crash, crash, crash crash, crash, crash, crash…!

¡CRASH, CRASH, CRASH, CRASH…!

Y finalmente, ella se quedaba mirando con alucinada satisfacción aquel montón de cristales o de trozos de hielo que había sido su marido insaciable. No quedaba de él nada reconocible. Oh, sí, los malditos ojos, que no habían resultado dañados tanto como ella habría querido. Así que los cogía, los colocaba sobre las barras de hielo, apuntaba bien con el martillo, y…

¡Crash!

¡Crash!

¡Ni rastro de los ojos!

Oh, sí, maldito fuese, todavía había quedado incólume una de las pupilas. Los globos oculares habían sido pulverizados, pero todavía quedaba entera aquella pupila oscura y congelada, irritante, porque parecía mirarla.

Colocaba la pupila sobre las barras de hielo, y…

¡Crash!

¡CRASH, CRASH, CRASH…!

Estupendo.

Perfecto.

Maravilloso. Enajenante, delirante.

¡Ya se había vengado, ya había gozado de verdad con el cuerpo de él! ¡Lo había pulverizado! Y entonces, viendo por el suelo los restos pulverizados volvía a sentir deseos de vengarse, de causarle daños atroces, y se ponía a bailar sobre los restos pulverizados, riendo, riendo, riendo…

¡Oh, cómo estaba gozando con el cuerpo de Ronald…! Pero todavía no había terminado con él. Podía descongelarlo. Podía… reunir los restos, y llevarlos a un horno. ¡Qué gozada! Si, podía meter los restos pulverizados en un horno, y escuchar, por si él al descongelarse comenzaba a gritar al sentirse abrasado. ¿Estaría en condiciones de gritar? ¿De hacer patente su atroz sufrimiento?

¡Con probarlo no perdía nada, al contrario, quizá la diversión volviese a comenzar, y todavía resultase más satisfactoria, así que… al horno con él!

* * *

—Está perfecto —aseguró Brett Lanigan— te aseguro que pocas veces habrás probado un pato al horno como éste.

—Es posible —admitió Craig Maxwell—, pero quizá podrías haber elegido un restaurante chino menos… chino.

—Vaya cosas se te ocurren —se pasmó Lanigan—. ¿Cómo demonios había de buscar un restaurante chino que resultase menos chino? ¡No te comprendo, palabra!

—Para resumir, digamos que debe haber en Chinatown cientos de restaurantes chinos mejor iluminados y más limpios que éste —gruñó Craig.

—¡Ah, eso sí, desde luego…! Pero en ninguno hacen el pato al horno como en éste. Ojo, estoy hablando de pato al horno, sin más, no del llamado pato lacado de Pekín. Eso ya es otra cosa. Y además, la mayoría de los restaurantes chinos te engañan en eso: dicen que es pato lacado y no es cierto, no está lacado. Así pues, prefiero al cocinero que dice que su pato no está lacado, sino que es pato al horno y ya está. ¿Me comprendes?

—Perfectamente —acabó por sonreír Craig—. Soy psiquiatra, ¿recuerdas?, y además eres un caso de mente lógica y clara de lo más representativo. Si todo el mundo tuviese tu lucidez y sosiego mental, yo tendría que dedicarme a otra cosa. Bueno, ¿comemos o no?

Brett Lanigan miró al chino que esperaba junto a ellos, mostrándoles el pato al horno preparado por encargo especial del simpático señor Lanigan. Éste guiñó un ojo, el chino sonrió, efectuó una reverencia, y se alejó hacia las interioridades de la cocina.

—Ahora que ya lo hemos visto entero —explicó Lanigan—. Chan lo descuartizará en la cocina, y nos lo servirá con tortitas, caldo, y algo parecido al *chop-suey*. ¡Y cebollitas! Delicioso. Lo malo es que, mientras lo convierte en filetes, se comerá los mejores.

—Ve a la cocina a vigilarlo —rió Craig.

—Todavía tengo mis buenos modales —farfulló Lanigan—. Bueno, ¿sabes que la señora Norris sale sola todas las tardes?

—No —lo miró vivamente Craig—. ¿Adónde va?

—¡Ufff! ¡A muchos sitios, y todos diferentes! Al cine, a pasear, de compras, al salón de belleza, a tiendas de modas, a verse con alguna amiga…

—¿Ningún hombre?

—No. Es decir…, hay uno al que ha visitado tres veces en esta semana.

—¡Maldita sea!

—No es nada de lo que piensas, estoy seguro. No sé si has oído hablar de un sujeto que se hace llamar profesor Ashenden, y que tiene en la puerta un letrerito que dice: Consejero Vital.

—¿Qué?

—El verdadero nombre del sujeto en cuestión es Calvin Ashenden. ¿Profesor? No sé de qué. Pero si sé que tiene un… consultorio en cierta calle del Bronx. Un consultorio muy visitado, no sólo por la pelirroja e impresionante señora Norris, sino por otras personas. ¡Apuesto a que el profesor Ashenden tiene más clientes que tú!

—Bueno, pero… ¿clientes de qué?

—Supongo que reciben sus consejos vitales. Mira, Craig, no he querido profundizar hasta que tú me autorices. De momento, todo lo que puedo decirte es que cuando salen de ese Consultorio Vital los clientes parecen… ¿cómo te lo explicaría?… más animados que cuando entran.

—Más animados.

—Sí. Un poco como exaltados, contemos… ilusionados. Algo así. ¿Quieres que llegue más a fondo en esto, o por el momento tienes suficiente?

—Mañana te lo diré.

—De acuerdo. Y estupendo, porque así podemos dedicarnos al pato sin quebraderos de cabeza. Bueno —sacó un sobre de color tabaco, y se lo tendió por encima de la mesa—, te he traído todo el informe completo, naturalmente, aunque en mi opinión lo único que podría resultar un poco interesante es lo de ese profesor Ashenden: ya me dirás si quieres que lo investigue más a fondo. Por lo demás, la señora Norris es de lo más normal y corriente…, aparte de que está como un tren, claro. Lo que justifica que el marido te haya contratado para… Demonios, no entiendo esto, ahora que lo pienso —Lanigan miró astutamente a su amigo— casi se diría que, en cierto modo, estás metido en funciones de detective privado, ¿no?

—Casi —sonrió Craig.

—Ya. No quieres decirme nada, ¿eh?

—No. Lo siento. Brett.

—Tranquilo. En esto de guardar secretos no sois los psiquiatras los únicos que saben ser como tumbas… ¡Hombre, el pato! ¿Lo cargamos en la cuenta del cliente?

—¡No! —rió Craig Maxwell—. ¡Esta vez pagas tú!

—Me lo temía —farfulló el detective.

CAPÍTULO III

—Estaba empezando a temer que me hubiese usted olvidado, doctor —dijo Prudence Norris, iras estrechar la mano de Craig.

—Eso no es probable —sonrió el psiquiatra—. Por favor, siéntese. Se me ha ocurrido que quizá querría tomar usted un cóctel… en un ambiente menos opresivo que un consultorio psiquiátrico. Espero haber acertado.

Había apartado una silla para Prudence, que la ocupó, mirando con leve sonrisa al apuesto Craig.

—Su consultorio no es opresivo, doctor —dijo—. Más bien resulta agradable y sedante. De todos modos, este sitio me parece simpático. ¿Viene usted aquí a menudo con sus pacientes?

—¿Con mis pacientes? —se pasmó Craig, volviendo a sentarse—. Claro que no. Además, usted no es mi paciente, señorita Norris.

—Es cierto. Bien, supongo que tiene usted cosas interesantes que decirme.

Craig asintió, sacó el sobre de color tabaco, y lo tendió por encima de la mesa.

—Me lo entregaron ayer, por la noche. Por eso preferí esperar a esta larde para comunicarme con usted. En realidad, he estado… pensando en el modo de enfocar lo más discretamente posible este asunto. ¿Está bien lo del cóctel?

—Sí, desde luego. ¿Me permite? —ante el asentimiento de Craig, Prudence miró el membrete del sobre, enseguida alzó vivamente la mirada—. ¿Ha contratado usted una agencia de investigación privada?

—Me pareció conveniente. Puede tener la seguridad de que la discreción de esta agencia es absoluta.

—Bueno, pero…

—Por favor, lea.

Prudence se dedicó a leer el informe de la agencia de Lanigan. Mientras tanto. Craig pidió cócteles para ambos, encendió un cigarrillo, y se dedicó a mirar alrededor. Un lugar agradable, que había elegido cuidadosamente para su encuentro con Prudence Norris, a la que no había olvidado ni un instante desde hacía una semana. El local era elegante y discreto, con mesitas bien separadas, luces suaves, y un camarero de avanzada edad, chaquetilla blanca, corbatín negro. Había personas serias, cuyas voces apenas se oían, pese a que la música ambiental estaba en un tono muy bajo. Un bar-salón apto para personas de la calidad indudable de Prudence Norris.

Ésta terminó la lectura cuando ya hacía varios minutos que les habían servido los cócteles. La muchacha se quedó mirando desconcertada a Craig.

—Doctor Maxwell, yo no tenía la menor duda respecto a la… honestidad de mi madrastra. No era eso lo que…

—Si recuerda usted nuestra primera conversación, le dije que había que buscar las causas…, y éstas podían ser de muy diversa índole. Ante la prohibición de usted de hablar directamente con la señora Norris, tuve que utilizar mi propio sistema. No quisiera haberla molestado.

—Bueno… No, realmente, no. Supongo que lo está haciendo usted del mejor modo posible. ¿Quién es este profesor Ashenden, este Consejero Vital?

—En realidad, ése es el único punto interesante del informe. Tengo intención de interesarme más por el profesor Ashenden, a menos que usted pueda decirme algo sobre él, cosa que dudo ahora, tras su pregunta. Parece evidente que no sabía usted que la señora Norris visitaba a ese caballero.

—No, no lo sabía. ¿A qué se dedica realmente?

—Mi amigo, el señor Lanigan —dijo Craig, señalando el informe—, podría decirnos sobre él todo cuanto quisiéramos, si así se lo pidiéramos. Sin embargo, a mí se me ha ocurrido algo mejor para conocer un poco a fondo al profesor Ashenden: podría visitarlo yo mismo, como un cliente. Siempre y cuando insista usted en que no conversemos directamente con su madrastra, se entiende. ¿Prefiere que hablemos con ella?

—No. Pero algo habrá que hacer, y pronto.

—¿Ella sigue mirando de ese modo malvado a su padre?

—Cada día más. Es como… como si se burlase de él, como si supiera algo que él ignora y que a ella le divierte… perversamente. Doctor Maxwell, ha habido momentos en que la mirada de Rebecca me ha parecido satánica. No sé… ¡Diabólica!

—Seguiremos adelante con esto —murmuró Craig—. Espero que le guste el cóctel.

Prudence miró la copa, la tomó, y bebió un sorbito. Craig se quedó mirando sus sonrosados labios en contacto con la copa. Ella le miró, y él desvió la mirada.

—Le noto a usted un poco turbado, doctor.

—Bueno —la miró él de nuevo—, no suelo enamorarme todos los días, se lo aseguro.

—¿Se ha enamorado de mí? —rió Prudence.

—Eso me temo.

—¿Sabe que es usted bastante pintoresco? Para decir una cosa así debía haberme invitado a cenar, y luego llevarme a algún sitio más o menos adecuado, propicio…

—¿Por ejemplo?

—No sé. A la terraza del Empire State, a Coney Island, a la playa, quizá paseando por Central Park… ¿No le parece?

—¿Le gustaría a usted pasear en coche de caballos por Central Park?

—¡Es algo que me encanta! Pero no de noche, desde luego. No es un lugar tranquilo, tengo entendido.

—Depende. ¿Cree que tiene usted alguna posibilidad de obtener información de su madrastra respecto al profesor Ashenden y sus visitas a ese consultorio?

—¡Qué manera de cambiar de tema! Estábamos hablando de amor, ¿no es así? Pero no, no sería nada fácil tocar ese tema con Rebecca sin ponerla sobre aviso. Estoy muy preocupada, doctor.

—Mañana mismo iniciaré mi acercamiento al profesor Ashenden. ¿Cree que tengo alguna posibilidad?

—Bueno, depende de cómo enfoque usted las cosas con ese profesor. Si él…

—Oh, ahora no me refería a eso, sino a mi enamoramiento.

—Pues no sé —rió de nuevo Prudence—. ¡Insista usted!

—¿Aceptaría cenar conmigo?

—¿Me lo pediría usted?

—¿Quiere cenar conmigo?

—Con mucho gusto.

—¿De veras? —exclamó Craig.

—Debería ir usted a un psiquiatra. ¿Por qué se sorprende? Es un hombre alto, guapo, inteligente, educado, amable, discreto, buen conversador… ¿Realmente cree que no gusta a las mujeres?

—Sé que les gusto —sonrió Craig—, pero no forzosamente a todas.

—Me parece que no se valora lo suficiente a sí mismo. ¿Puede pagar una cena en Mogador’s?

—Sí. ¿Sus gustos son siempre tan refinados?

—Absolutamente siempre. Al igual que usted, doctor, yo soy una persona de calidad. Lo que no significa, claro está, que siempre deba invitarme usted a Mogador's. También me gustan las hamburguesas y la cerveza, si eso es lo que hay.

—Eso es admirable, ¿no?

—Sólo razonable. Bueno, estamos en primavera y dice usted que se ha enamorado de mí. Me gustarla saber cómo está dispuesto a demostrármelo y a convencerme de que debo corresponderle. ¿Qué se le ocurre de interesante al respecto?

* * *

Craig Maxwell separó su boca de la de Prudence Norris, y preguntó, con voz susurrante:

—¿Te he convencido?

Prudence suspiró, y dijo:

—Veamos… Hemos cenado en Mogador's, hemos bebido cerveza en las atracciones de Coney Island, hemos paseado por la playa, y de regreso a Nueva York hemos dado una vuelta en coche por Central Park. Son casi las dos de la madrugada y tengo mucho sueño… ¿Te parece que es el momento adecuado para hacer esa pregunta?

—Seguiré insistiendo —sonrió Craig.

La volvió a besar en la boca, y deslizó una mano hacia la garganta de ella, que notó tibia y palpitante, suave como seda. Prudence asió su mano y la hizo bajar, hasta que quedó sobre su seno derecho. Craig se limitó a presionar suavemente. Sabía que ella le estaba poniendo a prueba. Si convertía aquel contacto facilitado por ella en una caricia grosera y ávida, todo habría sido en vano. De modo que, simplemente, presionó, con exquisito cuidado.

Notaba en la mano el compás del corazón femenino, que parecía extenderse por todo el cuerpo.

Fue un beso largo y profundo. Por fin. Prudence separó sus labios de los de él, y susurró:

—No has caído en la trampa, ¿verdad?

—Puesto que piensas de mí que soy persona de calidad —susurró también él, besándole una orejita— no he querido hacerte quedar mal.

Ella se irguió en el asiento.

—Buenas noches, Craig.

—Buenas noches, Prudence.

Ésta sonrió, hizo un mohín con los labios tirándole un beso, y salió rápidamente del coche, cerca de su domicilio en la Quinta Avenida. Craig se volvió en el aliento, y estuvo mirándola hasta que la vio entrar en la casa. Entonces, puso el coche en marcha y se alejó. En aquel momento no se acordaba en absoluto de Rebecca Norris y de sus refociladas miradas de maldad hacia su esposo.

* * *

En realidad, Ronald estaba durmiendo arriba, pero para Rebecca no era así.

Para Rebecca, Ronald estaba allí, ante ella, dentro del plato, y amarrado a éste por finos alambres bien tirantes que pasaban bajo la base. Allá estaba, bien separados sus brazos y sus piernas, mostrando su vientre peludo y diminuto. ¡Qué gracioso estaba, con sus bigotitos tan largos y estirados, y sus negros y redondos ojos llenos de miedo!

La estaba mirando a ella, con aquellos ojitos que parecían como de… cristal negro. Sí, como dos bolitas graciosas de cristal negro. Dos graciosas bolitas expresando un profundo temor. De cuando en cuando. Ronald movía su boquita, mostrando los afilados dientes delanteros. También, ocasionalmente, emitía un leve chillido de disconformidad.

Y de miedo.

Ah, sí, sobre todo de miedo, de mucho, muchísimo miedo.

Pero era natural que Ronald tuviese miedo, porque ella lo había atado de aquella manera al plato, panza arriba, y él no podía hacer nada para defenderse. Sus manecitas estaban muy bien aladas, y por supuesto, ella se cuidaría muy bien de no ponerse al alcance de sus diminutos pero cortantes dientes.

¡Pobre Ronald, qué mansamente se había dejado atar con los alambres! Bueno, había rebullido un poco, se había resistido, pero no demasiado. ¡Era tan mansurrón! ¡Y qué pelaje tan bonito y tan fino tenía! Sobre todo, precisamente, en la barriguita. Tenía una barriguita de lo más gracioso.

Pero lo ocurrido antes no había sido nada gracioso. Aquella noche, Ronald la había llamado Becky dos veces. ¡Oh, maldito fuese, aquella noche la había poseído dos veces, el muy cerdo! Pero ahora estaba allí, mirándola con sus ojitos de porcelana negra. No, de cristal… Oh, bueno, también parecían de porcelana, bien mirados. Como los de esas candorosas jovencitas que describen en las novelas. Sí, tenía ojitos como de chinita joven y virgen.

¡Oh, sí, ojitos de porcelana china! Precisamente, lo que iba a suceder allí podía relacionarse con los chinos. ¿Acaso no se habla, se ha hablado siempre, de las torturas o martirios chinos?

Pues muy bien.

—¿Sabes, Ronald? —dijo Rebecca, inclinándose más sobre el plato en el que yacía su marido, colocado sobre la mesa de la cocina amplísima—. Esta noche has sido más malo que nunca. Me has hecho eso dos veces. ¿Es que nunca te cansarás? Ya sé que soy muy hermosa, pero tú deberías comprender que estás abusando de mi paciencia…, de mi condescendencia hacia ti. ¡Si sólo me lo hicieras una vez a la semana! Entonces, si, podría ir soportándolo, pero… ¡todos los días, y algunos días dos veces! Eres un… un cerdo sátiro asqueroso, ¿sabes?

En el plato, boca arriba, sólidamente amarrado con los finos alambres. Ronald la miraba con sus ojitos de negra porcelana, sin comprender, pero asustado.

Asustado, sin duda, por la expresión malvada de los hermosos ojos verdes de la mujer. Ojos relucientes, perversos, crueles. No importaba que la mujer sonriese: había en sus ojos maldad, perversión, crueldad… y hasta odio. Si, también el odio, por fin, iba apareciendo. Claro, había sido inevitable.

—¿Y sabes otra cosa, Ronald? —siguió cuchicheando Rebecca, inclinada sobre el plato—: lo mismo le está pasando a Patty con su rico y barrigón marido senil, a pesar de que él no es tan ardiente como tú y sólo la molesta una vez por semana, o así; lo cual sería razonable si el marido de Patty no fuese tan… degenerado. ¡Tendrías que escuchar a Patty las cosas que cuenta que su marido la obliga a hacer una vez por semana! ¡Es asqueroso! Tú no eres asqueroso, admito eso, pero eres demasiado glotón. ¿Cómo voy a poder esperar que te mueras, en estas condiciones? Mira, vamos a suponer que todavía vivieses quince años, que fueses más moderado, y que, con el tiempo, todavía lo fueses cada día más. Muy bien: yo aguantaría. ¡Pero así es imposible…! Por eso, esta noche voy a vengarme de ti de una vez por todas. Te voy a hacer cosas muy malas, y luego, te voy a matar. ¡Eso voy a hacer!, y te lo voy a hacer con esto.

Le mostró la navaja de afeitar del propio Ronald, ya abierta, reluciente la afiladísima cuchilla.

—Lo primero que voy a hacer es castrarte —siguió Rebecca—. ¡Así, aunque quedases vivo, nunca más volverías a molestarme!

Bruscamente, con un furioso gesto horripilante, Rebecca hundió la navaja en la zona genital. Ronald emitió un agudo chillido, se removió enloquecidamente, agitó su cabecita peluda y sus largos bigotitos tan graciosos. Rebecca consiguió agarrarlo por la punta de una de sus diminutas orejas, y, riendo, la seccionó limpiamente con la navaja.

Brotó el chorrito diminuto de sangre.

Ronald chillaba agudamente, y la miraba con expresión enloquecida, con sus ojitos de porcelana negra.

Unos ojitos obsesionantes.

Obsesionantes, sí.

¡Obsesionantes!

Y Rebecca no quería que los ojitos de Ronald la mirasen, de modo que volvió a utilizar la navaja, por dos veces, tres, cuatro… No acertaba en sus golpes, porque el maldito Ronald movía la cabeza de un lado a otro, se había vuelto realmente loco. Pero consiguió sujetar la cabecita, y entonces sí, entonces pudo conseguir que aquellos ojitos de negra porcelana dejasen de mirarla.

Pero Ronald seguía agitándose enloquecido, chillando, chillando, chillando…

Tenía demasiada vitalidad.

Había que quitarle un poco de vitalidad.

Entonces, Rebecca hundió la navaja en la parte alta del pecho, apretó, y la fue bajando lentamente, cortándolo todo… Ronald había dejado de chillar. Ya no se movía. Sus ojitos eran ahora dos pequeños manchurrones rojos.

Rebecca retiró la navaja, y se quedó mirando la sangre que goteaba sobre el pequeño cuerpo de Ronald. ¡Vaya un fastidio, ya había muerto, había dejado de sufrir! Pero la culpa era de ella, naturalmente: se había precipitado demasiado.

En fin… Oh, bueno, pero no iba a dejarlo así, no iba a darse por satisfecha con eso. Así que asió la otra orejita y tiró de ella hacia arriba, alzando la cabecita de Ronald, y, con un limpio tajo, la separó del cuerpo.

—Esto está mejor —sonrió Rebecca, contemplando la cabecita, los bigotes manchados de sangre.

Justo en ese momento oyó el taconeo fuera de la cocina. Se acercaba alguien. Alguien con calzado de calle, de modo que no podía ser ninguno de los criados que se había despertado y acudía a ver qué ocurría en la cocina…

¿Quién podía ser?

Se volvió de cara a la puerta, apoyando las manos tras ella, sobre el plato, sobre el cadáver, todavía teniendo entre sus dedos la cabecita de Ronald.

La puerta de la cocina se abrió, y apareció Prudence, con un gesto de sorpresa en el rostro. La vio a ella, allí de pie, de espaldas a la mesa, en camisón. Sabía que estaba hermosa.

—Ah, eres tú. Rebecca… ¿Ocurre algo? —se interesó Prudence, con tono vacilante, preocupado.

—Claro que no, querida —le sonrió—. Simplemente, me desperté y me apeteció tomar un vaso de leche fresca. Llegas muy tarde esta noche.

—Sí… Me encontré con unos amigos. ¿Papá está durmiendo?

—Naturalmente. No soy tan desconsiderada como para despertarlo sólo porque yo me haya desvelado.

—Sabes muy bien que no he querido decir eso.

—Claro. Claro, querida. Buenas noches.

—Buenas noches… Hasta mañana.

Rebecca le sonrió de nuevo. Prudence salió, cerrando la puerta de la cocina. Sentía escalofríos. Y sabía que era por la expresión que había visto en los ojos de Rebecca. Una expresión absolutamente satánica, una expresión de refocilada maldad, de una cruel perversión espantosa.

Sentía tal profundo pavor que se alejó, rechazando la idea de volver a entrar en la cocina. Mientras, sintiendo sucesivos escalofríos, subía la amplia escalinata que conducía al piso superior, destinado a dormitorios. Prudence sentía cómo el pavor parecía empapar su cuerpo, sus huesos, su sangre. No sabía por qué, salvo por aquella expresión de los ojos de Rebecca. Y se resistía a admitirlo.

De pronto, pensó en su padre.

¿Estaba bien su padre?

Un nuevo y más largo e intenso escalofrío recorrió su cuerpo. Se quitó los zapatos y subió corriendo el resto de los escalones. Cuando se detuvo ante la puerta del dormitorio de su padre estaba jadeante, pese a la corta distancia recorrida. Puso la mano en el pomo y lo hizo girar lentamente. Si estaba dormido no quería despertarlo.

Empujó suavemente la puerta y entró.

Enseguida vio a su padre, sobre la cama, a la que, como al resto del dormitorio, llegaba el resplandor de la iluminación de la ciudad, reflejándose en el amplio ventanal. Caminó silenciosamente hacia la cama. Su padre yacía completamente desnudo. Se inclinó sobre él, y pudo ver su expresión tranquila y satisfecha. La respiración era normal, sana, profunda. Se inclinó todavía más, una de sus orejas casi tocó el pecho paterno. Oyó el corazón.

Todo estaba bien.

Se irguió, siempre mirando el rostro de su padre. Bueno, él tenía derecho a la vida, a seguir viviendo y amando. En ningún momento se le había ocurrido a Prudence reprochar o desaprobar que su padre se hubiera vuelto a casar tras varios años de viudez. Y si se había casado con una muchacha joven y hermosa, mejor para él. Si Rebecca había aceptado, era cosa suya…

¿A qué olía allí dentro?

Olía a algo desconocido, a algo que nunca había percibido ni en su casa ni sobre la persona o ropas de su padre.

Era un… aroma como dulzón, suavemente penetrante.

Era desagradable.

Era inquietante.

¿Y si Rebecca subía sin hacer ruido y la encontraba allí en su dormitorio? Seguramente no le gustaría aunque no diría nada. Pero se extrañaría, claro.

Salió rápidamente. Cuando entró en su dormitorio todavía tenía el olfato como impregnado de aquel aroma dulzón. Cerró la puerta y se quedó allí, de pie, escuchando no sabía qué. Desde luego, era imposible escuchar nada que ocurriera en la cocina. La casa era demasiado grande para eso. Seguramente, ni desde los dormitorios de los criados se debía poder oír nada…

Pero oyó muy poco después los tenues pasos de Rebecca. Con el oído aplicado a la puerta de su habitación, oyó cerrarse la de su padre.

Luego, el silencio total, de nuevo.

Minutos más tarde, Prudence Norris estaba acostada, pero sin pizca de sueño. No, no tenía sueño. Lo que tenía era miedo. Miedo a la mirada que había visto en los ojos de Rebecca… ¿Sería ella capaz de hacer algo malo? ¿Sería capaz de hacerle algo malo a su padre? Claro que no debía amarlo, pero de eso a hacerle daño…

—Por el amor de Dios —pensó—. ¡Tengo un miedo espantoso!

Se volvió y se quedó mirando el brillo del teléfono sobre la mesita de noche. Podía llamar a Craig. Aunque quizá él todavía no había llegado a su apartamento… Y de todos modos, ¿qué podía decirle, o qué podía hacer él, o ambos? ¿Qué podían hacer por el simple hecho de que ella tuviera miedo de la mirada de Rebecca?

Era casi de madrugada cuando, finalmente, Prudence se durmió.

CAPÍTULO IV

Desde la acera de enfrente. Craig Maxwell estuvo un par de minutos observando el portal del edificio donde Brett Lanigan le había indicado que tenía su consultorio el llamado profesor Ashenden. Por fin, se decidió a cruzar la calle y entrar en el portal. En un lado de éste, en efecto, se veía la placa con el nombre del Profesor Ashenden y la «aclaración» de Consejero Vital.

No había ascensor, pero el consultorio estaba en el primer piso, así que no se iba a cansar. Subió sin prisas, Craig vestía aquella tarde de modo más informal que de costumbre; nada de traje completo y corbata, sino un atuendo deportivo, sin estridencias. Pantalones grises, chaqueta de cheviot, gruesos zapatos, un jersey de cuello abierto…

La placa también estaba en la puerta. Pulsó el timbre, y a los pocos segundos la puerta se abrió, dejando visible a una mujer con uniforme blanco… No, no era un uniforme de enfermera, sino una especie de túnica. La mujer debía tener unos cincuenta años, más o menos como la señora Loomix, pero era muy diferente a ésta, había en sus facciones ciertos rasgos de dureza, y sus labios eran muy delgados; llevaba gafas de cristales muy gruesos, que empequeñecían sus pupilas de un color insólitamente claro, como acuoso.

—¿Diga? —preguntó con tono amable, casi sonriendo.

—Buenas tardes. Quisiera ver al profesor Ashenden.

—¿Quiere decir visitarse?

—Oh, sí, en efecto. Claro.

—¿Tiene usted hora concertada?

—No… Lo siento, no. Bueno, es la primera vez que vengo…

—¿Quién le recomienda?

—¿Eh…? Pues… Bueno, nadie. Verá usted, he pasado últimamente varias veces por aquí, y he visto el cartel del portal… Hoy me he decidido. Claro que si tengo que solicitar previamente una hora determinada.

—Deberá hacerlo —sonrió la mujer—. Pase, por favor.

—Gracias.

Entró en el apartamento destinado a consultorio. El recibidor era pequeño. A la izquierda estaba la salita, en la que una mujer de unos sesenta años esperaba, con expresión ausente. Craig miró los ojos de esta mujer, y sintió un extraño desasosiego. Parecían como de vidrio oscuro. En las manos sostenía una muñeca… ¿O no había visto bien?

—Por aquí.

—Allí, sí, gracias.

A la derecha había un pasillo bastante amplio, que enseguida formaba ángulo. Al fondo del segundo tramo. Vio una puerta pintada de blanco impoluto. Incluso demasiado blanco. A la derecha había una habitación, en la que entró la mujer. Craig la siguió. Era un despacho, no muy grande, un tanto discreto, casi sombrío. La mujer señaló una silla delante de la mesa, y ella fue a sentarse al otro lado. Entonces ocupó Craig la silla.

—Normalmente —explicó la mujer—, sólo recibimos clientes que nos llegan recomendados, pero claro está, siempre aparecen personas que no conocen a ninguno de nuestros dolientes, y no por eso vamos a negarles nuestra ayuda. —Se lo agradezco mucho, señora.

—Señorita… Señorita Alice.

—Encantado.

La señorita Alice le miraba con manifiesta curiosidad. Seguramente era una mujer dotada de mucha percepción, y Craig tenía demasiada clase para que a ella se le pasase por alto, vistiera como vistiera él.

—¿Me dice su nombre, por favor? —murmuró, tomando una cartulina con casilleros.

—Maxwell… Craig Maxwell.

Enseguida pensó que quizá había cometido un error, pero ya no podía volverse atrás. La señorita Alice anotó cuidadosamente su nombre, con letras mayúsculas.

—¿Vive usted en Nueva York, señor Maxwell?

—Bueno, sí… Realmente, por el momento, estoy en casa de una amiga de mi familia. La verdad es que no sé si me quedaré. Precisamente son los problemas de permanecer aquí los que…

—¿El nombre de esa amiga, señor Maxwell?

—Marian Loomix.

—¿Dirección y teléfono?

Craig facilitó ambas cosas. Tendría que avisar a la señora Loomix y era de esperar que ésta no se incomodase cuando le pidiera que le aceptara como invitado. De todos modos, tenía la sensación de que se estaba metiendo en un lío de que las cosas no iban a ser tan simples como había creído.

—Bien… ¿Cuál es exactamente su problema, señor Maxwell?

—Bueno… ¿Debo decírselo a usted?

—Inicialmente, sí. Ocurre a veces que vienen personas a sostener consultas que no son de la competencia del profesor, en cuyo caso, yo le evito la molestia y la pérdida de tiempo que eso conlleva.

—Sí, claro, entiendo. Bien… Bueno, no sé cómo explicarlo de un modo concreto. Siento… angustia y tensión en todo momento, nada me sale bien. Estoy… estoy casado con una muchacha muy rica, con la que he vivido agradablemente durante un tiempo, pero… Bien, a decir verdad tengo la sensación de que es por esta causa por lo que hace tiempo experimento esa sensación de frustración. Ella es quizá demasiado autoritaria, no sé si me comprende. La verdad es que… discutimos un poco hace un par de semanas, y me vine a Nueva York, dispuesto a instalarme aquí por mi cuenta, sin su ayuda. No es que tenga nada contra el dinero, pero a veces… me sentía agobiado. Decidí ganar yo mismo el dinero.

La señorita Alice le escuchaba muy atentamente.

—¿Ha conseguido algo interesante? —preguntó.

—No. Francamente, las cosas que encuentro no me parecen… apropiadas para mí. Bueno, eso no me importa demasiado, tengo algo de dinero ahorrado, y puedo esperar Pero a medida que van pasando los días me voy sintiendo más angustiado, cansado, decepcionado… Cuando leí la placa de la calle, eso de Consejero Vital, me sentí interesado. Me gustaría saber en qué consiste eso, exactamente.

—De momento puedo decirle que le considero un caso realmente apto para el profesor —sonrió la señorita Alice—. Lamentablemente, no creo que él pueda recibirlo hoy mismo, pues tenemos cubierto todo el horario de visitas. Si usted va a permanecer más tiempo en Nueva York… Perdone. ¿Sí, profesor?

La pregunta la hizo tras bajar la palanquita del intercomunicador que había zumbado suavemente. Se oyó la voz de un hombre en el aparato. Una voz grave, profunda, tranquila:

—Alice, la señora Newcombe se va.

—Voy enseguida —subió la palanquita y miró a Craig—. ¿Me perdona un minuto?

—Naturalmente.

Se puso en pie cuando lo hizo la señorita Alice. Ésta salió del despacho, dejando la puerta entornada, casi cerrada. Craig se acercó por el lado de las bisagras y vio a la señorita Alice caminar hacia el fondo del pasillo. Casi enseguida rea pareció, acompañando a una mujer de unos cuarenta años, bien vestida, que llevaba gafas de cristales oscuros… y una sonrisa en los labios muy bien maquillados. Una sonrisa relajada, pero que produjo inquietud en Craig.

Oyó voces. Poco después volvió a ver a la señorita Alice, de espaldas, acompañando a la mujer sesentona que había estado esperando con una muñeca en las manos. Si, era una muñeca, ahora pudo verla bien. Una muñeca normal y corriente, con las que suelen jugar las niñas. Las dos mujeres desaparecieron hacia el fondo del pasillo. Craig volvió a sentarse ante la mesa de la señorita Alice, que regresó muy pronto y volvió a sentarse frente a él.

—Bien… Ah. Sí, le decía, señor Maxwell, que el profesor no puede recibirlo hoy mismo, pero que si permanece usted en Nueva York es muy posible que yo le llame en breve indicándole día y hora en que podría usted venir.

—Si… Comprendo. Está bien, gracias —dijo Craig, con tono resignado: sonrió de pronto como disculpándose—. Claro que yo había tenido la esperanza de que hoy mismo podría obtener algún consejo vital, pero si no es posible…

La señorita Alice le miraba muy fijamente. También sonrió, muy amable.

—Está usted bastante deprimido, ¿no es cierto? —murmuró.

—Quizá se arregle con un par de copas —encogió los hombros Craig.

—Desde luego que no —exclamó la señorita Alice—. ¡Nada de eso, señor Maxwell! Quiero decir, a menos que ya sea usted un habitual del alcohol y sea eso lo que corrientemente acostumbra hacer.

—No —negó Craig—. Pero pensé que podría servir.

—De ninguna manera. ¿Tiene usted prisa?

—¿Prisa? En absoluto. Nadie tiene prisa para volverse loco pensando y recordando cosas desagradables. ¡Es todo lo que tengo que hacer en Nueva York!

—Bien —la señorita Alice sacó una pequeña libreta del cajón central de la mesa, y la consultó—. El profesor tiene todavía otra visita aparte de la que está atendiendo en este momento: si usted está dispuesto a esperar, yo convenceré al profesor para que le reciba a última hora, como una excepción. ¿Le parece bien?

—¡Me parece estupendo! ¡Muchas gracias!

La señorita Alice movió la cabeza con el gesto de quien regaña a un muchacho.

—Le acompañaré a la salita de espera. Y. por favor, señor Maxwell: ¡olvídese de esas copas!

—Es usted muy amable, de veras. Le estoy muy agradecido, señorita Alice.

Ella volvió a sonreír y se puso en pie. Acompañó a Craig a la salita de espera y lo dejó solo allí. Craig encendió un cigarrillo, pensativo. Tenía que admitir que era inteligente y hasta astuto. Puesto que el profesor Ashenden era un «consejero vital», ¿qué mejor cliente que aquel que necesitaba ser… revitalizado? Y él había sabido hacer muy bien el papel de deprimido.

—Bueno —se dijo—, quizá haya sido, simplemente, intuición por mi parte, pero lo he logrado.

Llevaba ya quince minutos esperando, y estaba dispuesto a encender otro cigarrillo, cuando sonó la llamada a la puerta del apartamento consultorio. Enseguida oyó el leve taconeo de la señorita Alice. Ésta apareció en su visual, hacia la puerta, que abrió. Oyó su voz, en aquel tono tan amable, y otra voz de mujer. Hasta el momento sólo había visto mujeres allí.

Oyó cerrarse la puerta. Vio de nuevo a la señorita Alice, y, de pronto, a la mujer recién llegada.

Tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer impasible.

La recién llegada era Rebecca Norris, la madrastra de Prudence. Alta, esbelta, bellísima, elegante. Encantadora. Deslumbrante con sus rojos cabellos.

La señorita Alice y la señora Norris conversaron amablemente durante unos segundos. Luego, la primera se dirigió hacia su despacho, la segunda entró en la salita de espera.

—Buenas tardes —saludó, mirando con cierta sorpresa a Craig.

Éste se puso en pie en el acto.

—Buenas tardes, señorita.

Ella alzó las cejas, sonrió, casi rió, pero no hizo comentario alguno. Se sentó en una butaca casi de frente a Craig, que volvió a ocupar la suya. La señora Norris encendió un cigarrillo. Craig miraba sus ojos, con la máxima discreción posible. Eran muy hermosos, limpios, inteligentes. ¿Realmente podían aquellos ojos expresar una maldad como la que tan sobrecogida tenía a Prudence? Por más que lo intentó, Craig no pudo imaginárselo…

Rebecca le miró de pronto.

—Espero —sonrió—, que no haya ninguna confusión en nuestras citas.

—¿Perdón? —se desconcertó Craig.

—Me sorprendería que la señorita Alice nos hubiera dado la misma hora a los dos para visitarnos. Es muy eficiente.

—Ah, entiendo. No, no. Todo está bien. Yo no tengo concertada hora de visita. Al parecer, el profesor Ashenden me recibirá cuando disponga de un momento. Me parece que será después de usted, si no he entendido mal a la señorita Alice.

Rebecca le miraba fijamente. Sí, era una muchacha inteligente, Estaba valorando con indudable perspicacia al hombre que tenía sentado frente a ella.

—¿Es la primera vez que viene, entonces? —se interesó.

—Sí… sí, la primera. Mmmm… Bueno, he visto la placa del portal y francamente eso de consejero vital me ha llamado mucho la atención. Imagino que debe ocurrirles a muchas personas que estén desalentadas, decepcionadas y cosas así.

—Sin duda.

—¿Usted ha venido otras veces?

—Bastantes.

—Ejem… No quiero parecer chismoso o desconfiado, pero…, ¿realmente el profesor Ashenden da consejos… vitales?

—Yo diría que sí —casi rió Rebecca Norris.

Era más bonita al natural que en la fotografía. Y tenía un cuerpo espléndido. El escote de su elegante traje primaveral permitía ver una discretísima porción de seno terso y firme. No podía dudarse del buen gusto de Ronald Norris al elegir esposa. Bueno, ¿y por qué no? Puestos a casarse por segunda vez y ya algo mayor, ¿por qué no hacerlo con una preciosa muchacha?

—Sí, debe darlos —sonrió Craig—, a juzgar por el aspecto de usted.

—¿Qué quiere decir?

—Pues… Bueno, a mí me parece usted una persona rebosante de vitalidad y alegría. Y si eso lo ha conseguido el profesor Ashenden habrá que confiar en él.

—Hágalo —volvió a reír ella—. Es usted muy amable, señor.

Súbitamente, Craig pensó en Brett Lanigan, que había dicho que la señora Norris estaba como un tren. Vulgar, pero exacto. Un bello rostro para un cuerpo magnífico. Como un tren. ¡Bien por Brett! El pato asado servido por Chan había resultado delicioso…

Rebecca contemplaba a Craig a través del humo del cigarrillo. Parecía interesada. Apagó el cigarrillo de pronto y quedó pensativa. Craig miró sus piernas. Perfectas. Allí dentro reinaba un silencio sedante, agradable, quizá porque era una calle de poco tránsito.

Craig se dijo que no podía desaprovechar la oportunidad de escarbar en la mente de Rebecca Norris.

—¿Necesitó usted muchas sesiones para sentirse mejor, señorita?

Ella le miró como sobresaltada. Pero sonrió de nuevo enseguida. Era simpática y amable.

—No demasiadas. Tres o cuatro.

—¿Se sintió entonces mejor?

—Desde luego.

—Eso hace suponer que los consejos del profesor son óptimos. De todos modos, espero que los problemas de usted no fuesen demasiado graves.

—Para quien tiene problemas, sus problemas son los más graves.

—Ah, sí, sí, ciertamente. No se puede decir que los míos sean terribles, pero a mí me están fastidiando mucho.

—Dentro de pocos días se sentirá mejor.

—Eso espero. ¿El profesor receta algún medicamento, quizá?

—No.

—Admirable. En ese caso todo debe ser una labor… mental. Algo así como un psiquiatra, ¿no le parece?

—Sí, algo así —Rebecca le miraba con creciente curiosidad—. ¿Ha estado usted alguna vez con un psiquiatra?

—No. ¿Y usted?

—Tampoco.

—¿No le gustan los psiquiatras? Quiero decir: ¿no le gusta la idea de acudir a ellos?

—Francamente, no.

—Sin embargo, ha venido usted aquí.

—El profesor Ashenden me fue recomendado por una amiga. Me dijo que no era propiamente un psiquiatra, sino algo… especial.

—¿Especial? ¿En qué?

—Ya tendrá usted ocasión de saberlo.

—Así lo espero. ¿Hace muchas preguntas el profesor? Lo digo porque sé que los psiquiatras vulgares suelen hacer muchas preguntas, y es precisamente lo que a mí me resulta molesto.

—Hace bastantes preguntas —asintió Rebecca—, pero es lógico, si tiene que ayudarle a uno.

—Claro. ¿Qué clase de preguntas hace? Bueno, me refiero a si son preguntas muy íntimas o… superficiales. Digo esto porque quizá le hizo a usted preguntas de esas que molestan un poco. Bueno, claro, todo debe depender del problema de cada uno, supongo. El de usted, por ejemplo, no debe ser ningún problema relacionado con dinero.

—¿Por qué supone eso?

—Salta a la vista: sus ropas, su aspecto, su estilo… Con seguridad su problema es… o era más grave que el mío, que sólo está referido a dinero y a una esposa un tanto… Bueno… Digamos desagradable. ¡Espero que no sea este su caso! —exclamó. Rebecca Norris se había quedado mirándolo fijamente, y, por un instante brevísimo, Craig Maxwell vio en los hermosos ojos verdes el destello del odio. Fue como una fugaz llamarada, pero existió. ¿Cómo podía decir Prudence que no había odio en la mirada de su madrastra? Él acababa de verlo clarísimamente. Ahora bien. Prudence era una muchacha muy inteligente y centrada. Si ella decía que nunca había visto odio en los ojos de Rebecca, así debía ser. Lo que ella había visto era sólo maldad, perversidad, crueldad… ¿Había derivado todo esto, finalmente, hacia el odio? Esto implica ría un proceso inverso al normal; se empieza odiando, y el odio genera la maldad.

¿Era al revés en el caso de Rebecca Norris? ¿Era la maldad la que finalmente la había impulsado a sentir odio hacia su marido? Para Craig Maxwell, doctor en Psiquiatría, esto no tenía sentido, o, al menos, no tenía lógica. Pero había visto el odio en los ojos de Rebecca al mencionar él una situación marital desagradable. Aquel destello había pasado por los verdes ojos cuando en la mente entró la idea de un marido… desagradable. ¿Era desagradable Ronald Norris? Aunque así fuese, un odio tan intenso parecía excesivo.

Y sobre todo, ¿por qué primero la maldad y luego el odio, cuando lo más normal era al revés? ¿Se había generado en Rebecca Norris un proceso de maldad que se había convertido finalmente en odio?

Rebecca seguía mirándole fijamente. Craig parpadeó.

—Perdone —murmuró—. No he pretendido ser indiscreto. Lo siento.

Ella no contestó. Durante unos segundos la situación fue embarazosa, pero se solventó con la intervención indirecta de la señorita Alice, cuya voz comenzó a oírse fuera de la salita. A los pocos segundos apareció, acompañando a la mujer de sesenta años que jugaba con muñecas.

Las dos quedaron unos segundos al alcance visual de Craig. La clienta del profesor Ashenden todavía llevaba la muñeca en una mano. Craig casi respingó cuando se dio cuenta del estado actual de la muñeca. Tenía la cabeza colgando, medio arrancada, y le pareció que sus ojos habían sido hundidos. Le habían arrancado los dos brazos…

No pudo ver más.

La puerta batió. La señorita Alice apareció en la de la salita, mirando a Rebecca Norris, que se puso en pie y salió sin decir nada, sin mirar a Craig…, que todavía sentía repeluznos recordando el estado de la muñeca. Lamentaba ahora no haber podido ver los ojos de la mujer, pata analizar su expresión. ¿Realmente se sentía revitalizada y feliz ahora que había destrozado su muñeca?

Veinte minutos más tarde, Rebecca Norris se marchó. La vio también, pero ella no volvió la cabeza. Debía haberle olvidado.

—Señor Maxwell… —apareció la señorita Alice.

—Sí, gracias.

Segundos más tarde. Craig Maxwell entraba en el despacho del profesor Ashenden, Consejero Vital.

CAPÍTULO V

El profesor Ashenden se hallaba de pie tras la amplia mesa de su despacho atiborrada de objetos diversos, a los que Craig no prestó ninguna atención, de momento. Todo su interés estaba centrado en el hombre que le tendía la mano y le recibía con un cordial:

—Buenas tardes, señor Maxwell. Pase, pase usted, por favor, y sea tan amable de sentarse.

Craig se acercó al hombre, y estrechó la mano que le tendía. Una mano grande, fortísima, notable como todo el imponente sujeto que tenía ante él.

El profesor Ashenden debía medir no menos de metro noventa y sin duda pesaba más de ciento veinte kilos: pero no se veía gordo en el sentido de adiposo, sino simplemente voluminoso, sólido, macizo. Mas con ser interesante su cuerpo, lo era menos que su rostro barbudo, en el que destacaban la boca grande y sensual y los ojos más extraordinariamente claros que Craig había visto en su vida. Eran grandes, como de un gris nuboso, penetrantes hasta lo inquietante, como si realmente, convertidos en humo, pudieran infiltrarse hasta el cerebro de su interlocutor para echar allá dentro un vistazo. Eran unos ojos absolutamente impresionantes, que irradiaban una tremenda energía…, que parecía aposentarse en la gruesa boca sonriente. Gran nariz, grandes orejas, facciones rudas y bien marcadas, sienes hundidas… Todo ello rodeado de una larga y revuelta cabellera en la que había reflejos grises.

Impresionante absolutamente.

—Gracias —murmuró Craig, sentándose tras estrechar la fortísima mano.

Calvin Ashenden se sentó a su vez y sus dedotes tomaron la cartulina en la que la señorita Alice había escrito los datos sobre Craig.

—¿Me permite unos segundos, señor Maxwell?

—Por supuesto.

La perforante mirada se posó en la cartulina. Craig movió levemente la cabeza a derecha e izquierda, sus ojos examinaron el despacho. Había, sobre todo, libros. Centenares de libros, miles de libros.

Y animales disecados: una cabra, una lechuza, una urraca o algo así, dos serpientes que se enroscaban en una rama… Sobre un reloj de arena asombrosamente grande divisó lo que identificó como un par de sapos… Craig Maxwell comenzó a experimentar dos sensaciones un tanto contradictorias. Por un lado, un vago malestar, casi temor a algo incierto. Por otro lado, una creciente indignación ame el hecho de que en un lugar como aquél, un sujeto como aquél recibiera personas que, posiblemente, si precisaban ayuda, pero mucho más adecuada de la que él pudiera prestarles.

¿O no?

¿O la ayuda que Ashenden prestaba a aquellas personas que le visitaban era precisamente la ayuda que esas personas precisaban? ¿Qué clase de ayuda, entonces?

La voz de Ashenden casi le sobresaltó:

—A la vista de estas notas preliminares de Alice, señor Maxwell, yo me atrevería a diagnosticar que sus problemas no son demasiado graves.

Craig sostuvo la penetrante mirada sin parpadear.

—Para mí lo son, profesor Ashenden.

—Evidentemente. Veamos: ¿hay alguna cosa especial que usted quiera contarme? Por ejemplo, cuáles son sus proyectos exactos para el futuro en cuanto a trabajo, si piensa o no divorciarse de su esposa con la que al parecer ya no considera agradable convivir, si hay o no hay otra mujer para usted o, quizá, si su esposa ha puesto en evidencia su interés por otro hombre… ¿Desea usted contarme algo así?

—Bueno… No sé…

—¿Cuál es su profesión?

—Pues… Bien, tengo el título de abogado, pero hace años que no ejerzo. En realidad, lo hice muy poco tiempo. Luego conocí a mi esposa, me casé con ella, y me dediqué a ocuparme de sus asuntos de administración.

—Entiendo. ¿Y ha llegado el momento en que tal vez usted ha comenzado a considerarse algo así como un parásito?

—¡Caramba…!

—Señor Maxwell, mi tiempo es precioso para mí. No en dinero, eso no me preocupa ni poco ni mucho. Pero me gusta aprovechar mi tiempo en cosas útiles o para mí o para los demás. Si usted no está dispuesto a hablar claro conmigo es absurdo que la entrevista prosiga.

—Sí, lo comprendo. El caso es que yo pensé que sería usted precisamente quien me aconsejaría sobre lo que tengo que hacer.

—Ya. Y me lo pone usted muy fácil. Hay cosas que resultan fáciles de aconsejar. Por ejemplo, si ya no ama usted a su esposa, divórciese de ella; si no tiene usted trabajo que le guste, pero desea trabajar, siga buscando y ya verá qué pronto se sitúa. Ambas cosas son fáciles de hacer, ¿no le parece? Y si su depresión o angustia están relacionadas con ellas, desaparecerán todos los padecimientos que ahora le aquejan. Ya ve qué fácilmente me he ganado el importe de su consulta. Ahora bien, si usted tiene otra clase de proyectos es cuando yo podré intervenir realmente. ¿Desea usted divorciarse?

—No sé… Es cierto que estoy irritado por esa situación de dependencia económica, pero ella tiene mucho dinero. No sé si me entiende usted, profesor. Por una parte…

—Claro que le entiendo. Está usted a disgusto con su esposa, pero no con su dinero. ¿Es eso? Digamos que le gustaría tener el dinero pero no la esposa. ¿Sí?

—Bueno —emitió una risita Craig—, eso sería lo ideal, claro, pero es precisamente lo imposible de conseguir. Si tuviese dinero podría poner en marcha mi propio bufete, sin que ella metiera sus narizotas queriendo mangonearlo todo, dirigirlo todo…

—¿La odia usted?

—¿A Helen? —respingó teatralmente Craig—. No sé… Bueno, quizá un poquito…

—¿Eso le causa perturbaciones emocionales y mentales?

Craig se pasó la lengua por los labios. Se estaba metiendo de lleno en el más grande lío y embuste de toda su vida, y todo ello siguiendo por instinto los cauces de una conversación que creía era la adecuada, por el paralelismo que pudieran tener sus mentiras con las verdades que quizá Rebecca Norris había expuesto sobre sí misma al profesor Ashenden.

—La verdad es que si —murmuró.

—¿Diría usted que ese «poquito» de odio hacia su esposa podría ser la causa de su desazón actual?

—Mucho me temo que si —bajó aún más la voz Craig.

—¿Seria usted capaz de matar a su esposa, si pudiera hacerlo impunemente?

—¿Quiere decir… asesinarla?

—Sí, eso quiero decir.

—Creo… creo que no…

—Ah. Sin embargo, quizá sí le gustaría digamos propinarle una buena paliza, por ejemplo.

—¡Eso sí!

—¿Y por qué no lo hace?

—¿Qué?

—Dele una buena paliza a su esposa, señor Maxwell.

—Caramba… ¡Podría romperle varios huesos!

—Rómpaselos.

—¿Está usted hablando en serio? —farfulló Craig.

—Más o menos —sonrió de pronto Calvin Ashenden—. Hay muchos modos de desahogarse, y uno de ellos podría ser ése. Rómpale todos los huesos a su esposa, si ella es la causa de su infelicidad. Pero no tiene por qué hacerlo realmente.

—No comprendo…

—Es muy sencillo. ¿Nunca ha poseído usted con la imaginación a una hermosa mujer? Una actriz de cine, o de televisión, o una mujer que ve por la calle, o una de esas chicas que aparecen en las revistas desnudas y enseñando sus intimidades… ¿Nunca ha pensado que se acostaría con alguna muy a gusto?

—Pues sinceramente, sí.

—Y como la realidad era imposible, le ha bastado ese acto sexual imaginado, ¿no es cierto?

—Digamos —sonrió ceñudamente Craig—, que he tenido que conformarme con él.

—Exacto. Pero, en definitiva, el deseo se ha mitigado, ¿no es así? Digamos que se ha tranquilizado usted, que la imposibilidad real y física es menos frustrante. En cierto modo, se libera del deseo: deja la revista a un lado y asunto terminado. ¿Cierto?

—Emmm… Sí, bastante cierto.

—Entonces, señor Maxwell, péguele una buena paliza mental a su esposa, y ya verá cómo se sentirá mucho mejor.

Concéntrese en ello con toda su fuerza, hágalo varias veces, rómpale todos los huesos que quiera, pártale los dientes… Hágalo varias veces y dentro de unos días o unas semanas descubrirá usted que no vale la pena hacerlo en realidad, que ni por su esposa ni por nadie vale la pena complicarse ni amargarse la vida, ni sentirse frustrado, o parásito, o marido mantenido… Haga eso varias veces, y verá cómo llega a la conclusión de que lo único que importa en la vida es usted mismo. Rómpale los huesos a su mujer con el pensamiento, con la imaginación…, y dentro de poco podrá ir a verla tranquilamente y plantearle el divorcio con serenidad. ¿Tiene usted el suficiente poder de concentración para propinarle esa estupenda paliza a su esposa o quiere que le ayude?

—¿Ayudarme? ¿Cómo?

Calvin Ashenden abrió un cajón de su mesa, sacó un frasco lleno de píldoras de color rojo, y pasó tres a un pequeño sobre, que tendió a Craig.

—Venga a verme dentro de una semana. Mientras tanto, un día sí y un día no, propine esa paliza a su esposa. Si siente que su voluntad o su imaginación flaquean, tómese una de estas píldoras. Una sola cada vez, señor Maxwell. Una sola.

—¿Qué… qué son?

—Digamos un estimulante mental. Inofensivo si sólo toma una cada dos días. Inofensivo pero sumamente eficaz. Pídale hora a Alice para dentro de siete días. Es todo por hoy.

—Bien… Vaya, esto es tan extraordinario…

—Dará resultado. ¿Le parece mucho cien dólares, por esta primera consulta? Las restantes son a cincuenta.

—Sí… Bien. Oh, no, no es mucho, no… Cien dólares. Muy bien, sí.

Puso el dinero sobre la mesa. El profesor Ashenden se alzó en toda su imponente estatura tras manipular en el intercomunicador, y le tendió su manaza. Acudió la señorita Alice, que lo acompañó a la puerta.

Segundos después, Craig Maxwell, doctor en Psiquiatría, salía a la calle. Había en su mente un torbellino de ideas. Se sentía desconcertado, irritado y aleccionado, todo a la vez. ¿De modo que era eso? ¡Aquel charlatán de los demonios…!

—Hola. ¿Cómo le ha ido?

Se quedó mirando pasmado a Rebecca, que estaba ante él mirándole sonriente, quizá con una pizca de ironía. Craig parpadeó.

—Me ha dado unas pastillas rojas y unos interesantes consejos. ¿A usted también le da pastillas rojas?

—Naturalmente.

—¿Y las ha utilizado?

—¡Por supuesto! Pero si va a preguntarme si dan resultado, sólo le contestaré que lo compruebe usted mismo. ¿Va a alguna parte determinada?

—No —Craig se quedó mirándola fijamente—. Bueno, tengo que hacer una llamada telefónica. Nada importante. ¿Por qué?

—No me diga que no se ha dado cuenta de que le he estado esperando.

—¡Ah! ¿Con qué objeto?

Rebecca le miraba maliciosamente, como divertida. Soltó una deliciosa carcajada.

—¡Me gustaría invitarle a una copa! —exclamó, riendo.

—Es una buena perspectiva —sonrió Craig, cuyo desconcierto aumentaba; Brett le había asegurado que la señora Norris no se dedicaba a esta clase de cosas—. Yo la invitaré a otra. ¿De acuerdo?

—Por completo. Es usted un hombre poco corriente, ¿sabe?

—¿En qué sentido?

—No hace sentirse a una mujer como manoseada, ultrajada, violada. Me gusta cómo me mira.

—Tengo la impresión de que tampoco usted es corriente, señorita… señorita…

—Señora. Pero llámeme simplemente Rebecca.

—Muy bien. Yo soy simplemente Craig —le tendió la mano, y ella la acepto, riendo—. Tengo que llamar, ahora. Mmmm… ¿De modo que señora? ¿Viuda tal vez?

—Mi marido goza de una magnifica salud. Demasiada.

—¿Demasiada?

—Considerando su edad, sí. Tiene tanta salud que estoy intoxicada de él. Y me gustaría desintoxicarme con alguien que valga la pena.

—No quisiera pasarme de listo, Rebecca, pero ¿lo de la copa es el primer paso para ir luego a la cama?

—¿Te disgusta la idea? No acostumbro a hacerlo, pero todo llega en la vida. Y bien pensado, hacer esto puede ser tan divertido o más que tomar pastillas rojas.

—¿Quieres castigar a tu marido conmigo?

—Estoy segura de que vales la pena. Tengo buen ojo para los hombres.

—Yo lo tengo para las mujeres —sonrió Craig—. Tengo que encontrar un teléfono.

—Hay una cabina a la vuelta de la esquina. ¿Ves aquel sedán azul? Te estaré esperando en él. ¿Tienes adónde ir?

—Puedo arreglarlo.

—Muy bien. Hasta ahora.

Rebecca Norris se alejó en efecto hacia el coche señalado. Craig se quedó mirándola hasta que se metió en el vehículo. Luego fue en busca del teléfono. ¿Esto era todo? Una mujer casada con un hombre que le doblaba la edad concibe, de pronto o lentamente, odio hacia ese hombre que posee su cuerpo. ¿Y qué hace? Pues aconsejada por una amiga se va a ver a un charlatán que le da unas pastillas rojas y le dice que la ayudarán a concentrarse en darle palizas con la imaginación a su marido. ¿Eso era todo? ¿Por eso miraba Rebecca Norris con divertida maldad a su marido? ¿Se sentía divertida pensando en las palizas que le propinaba con la imaginación? ¿Y eso ponía maldad en sus ojos?

En aquel mismo momento Craig habría decidido que todo eran imaginaciones de Prudence si, de pronto, no hubiera recordado la expresión de odio que había visto en los ojos de Rebecca poco antes, en la salita de espera. Un odio total, neto, profundo… ¿Qué le hacía Rebecca Norris a su marido con la imaginación?

Vio la cabina y se metió en ella. Tenía que poner en antecedentes a la señora Loomix de que él era su invitado y que tenía una esposa llamada Helen… Antes de marcar el número miró su reloj. Si, la señora Loomix estaría todavía en el consultorio, abandonado aquella tarde por el asunto del Consejero Vital. ¡Consejero vital! ¡Papanatas! ¿Y Rebecca Norris? Se había ofrecido con toda naturalidad para ir a la cama con él. Bueno, él no le haría eso a Prudence, desde luego, pero seguiría la corriente a Rebecca hasta donde pudiera y le iría sonsacando todo lo que…

El teléfono, que estaba sonando, fue descolgado al otro lado. Oyó la sosegada y discretísima voz.

—Señora Loomix, soy yo. Tengo… ¿Qué? ¿Ella está ahí? Estupendo, porque la iba a llamar para… ¿Histérica? ¿Por qué? ¿Qué le ha ocurrido? ¿Sólo quiere hablar conmigo? Está bien… Dígale a la señorita Norris que estaré ahí dentro de quince o veinte minutos. ¿No tiene usted idea de por qué está histérica? Está bien. Voy para allá.

Colgó, y por un instante recordó a Rebecca Norris y las posibilidades que tenía de obtener una buena información de ella si acudía a su lado.

Pero enseguida se dijo que eso no era importante en aquel momento. O, al menos, no era tan importante como saber cuanto antes qué era lo que había puesto histérica a Prudence.

CAPÍTULO VI

La causa había sido un hámster, uno de esos graciosos animalitos sociables, peludos y comilones que la mayoría de los niños han tenido alguna vez, esa mezcla de ratón-conejo casero de redondos ojitos negros como espejos…

Aunque en esta ocasión a Craig Maxwell le costó unos cuantos segundos identificar lo que Prudence le había entregado como uno de esos simpáticos animalitos. En primer lugar estaba decapitado y el cuerpecillo peludo abierto por la mitad. Tenía una incisión brutal en la zona genital. En cuanto a la cabeza, le faltaba una oreja, y además de diversas heridas en todas partes tenía los ojos triturados.

Era sencillamente espantoso.

Muy despacio, sintiéndose no poco frío y pálido. Craig tapó la caja de zapatos dentro de la cual Prudence había transportado el cadáver dividido del animalito, y miró a la muchacha, sentada frente a él, al otro lado de la mesa de su despacho, en el que se hallaban solos. La señora Loomix aguardaba en su antedespacho.

—¿De dónde has sacado… esto? —murmuró Craig.

Prudence estaba todavía bajo la impresión del más puro espanto, pero ya aceptablemente serena.

—Del armario de Rebecca. Esta tarde ella salió a sus cosas, y decidí aprovechar que tampoco estaba mi padre para echar un vistazo por el dormitorio de ellos.

—¿Por qué? ¿Cómo se te ocurrió echar un vistazo allá, qué buscabas?

—Anoche estuve en el dormitorio de ellos cuando llegué a casa. Encontré a Rebecca en la cocina. Dijo que había bajado a tomar un vaso de leche fresca, o algo así, no recuerdo exactamente. Tenía una expresión horrible, pero sonreía. Estuvo muy amable, aunque me dio a entender que quería estar sola en la cocina. Se me ocurrió que mi padre podía encontrarse mal, no sé por qué, y aproveché que ella seguía abajo para entrar en el dormitorio. Mi padre estaba bien, durmiendo, pero percibí un olor extraño, y esta tarde quise saber qué lo producía.

—¿Qué clase de olor?

—No lo sé. No encontré nada de eso. Pero me sorprendió ver una de las cajas de zapatos del fondo del armario envuelta en plástico. Bueno, estaba metida dentro de una bolsa cerrada herméticamente. Pensé que quizá podría estar allí el origen del olor que no conseguía identificar. Abrí la bolsa…

—Cálmate. ¿Encontraste esto tal como está? ¿Esta es la caja de zapatos donde estaba el hámster?

—Sí.

—Tu madrastra se dará cuenta de que falta, Prudence.

—Bueno, yo metí dentro de la bolsa otra caja de zapatos, y la cerré. Si no se le ocurre mirar no creo que se dé cuenta. Tiene docenas de pares de zapatos, una barbaridad, en el fondo del armario. Es un armario muy grande, de esos con un cuartito pequeño al fondo…

—Sí, sí, ya sé. ¡Por Dios…!

—Craig, ¿crees… crees que eso lo ha hecho ella?

—No lo sé. Ya no sé qué pensar. He estado con el profesor Ashenden y la verdad es que me ha parecido un farsante más bien inofensivo. Todo lo que hace es desahogar los odios de algunas personas por medio de la imaginación —le explicó a Prudence sus conclusiones y terminó—: Pero ahora no sé qué pensar. Una cosa es que tu madrastra se distraiga imaginando que le da una buena paliza a tu padre y otra cosa muy distinta es hacer esto. Claro que si tomó una pastilla de esas rojas…

Sacó el sobrecito que contenía las tres que le había entregado el profesor Ashenden para él y vertió las pastillas en su mano. Se quedó mirándolas.

—¿No tienes idea de qué pueden ser? —preguntó Prudence.

—No, pero sé quién me lo puede decir en menos de una hora, aunque tenga que analizarlas fuera de la jornada de trabajo. Somos muy buenos amigos, estuvimos en la universidad —descolgó el auricular del teléfono de línea directa y marcó un número—. Quizá lo encuentre todavía en el laboratorio… ¿Northern Chemical? ¿Quiere ponerme con el doctor Blansfield, por favor? Entiendo. Sin embargo, atenderá mi llamada, puede estar segura, señorita… Comprendo su postura, pero voy a pedirle un favor: no permita que el doctor Blansfield se marche de la empresa sin decirle que Craig Maxwell lo ha llamado, y que va para allá a hacerle una consulta urgente. ¿Cuento con ello? Gracias, es usted muy amable —colgó, con gesto satisfecho—. Mark está terminando un trabajo urgente y ha ordenado que nadie le moleste bajo ningún concepto, pero a mí me atenderá. Quizá tengamos que esperar a que termine lo que está haciendo ahora, pero me atenderá. Eso es lo primero que quiero saber: para qué sirven exactamente estas pastillas rojas.

* * *

—Prácticamente, para nada —dijo el doctor Blansfield, un apuesto joven de la edad aproximada de Craig, con lentes, aspecto fatigado, pero sonriente.

—¿Cómo para nada? —protestó Craig, tan sorprendido como Prudence.

—Bueno, quizá le sirviese de algo a un estudiante que tiene toda una noche de Matemáticas por delante para examinarse al día siguiente, pero eso es todo. Es un inofensivo estimulante, casi un placebo, ya sabes.

—¿Quiere decir uno de esos medicamentos que no tienen efectos reales por sí mismos, sino por sugestión de la persona que los toma? —preguntó Prudence.

—Exacto. Un estimulante mental de muy discreta intensidad.

—Entonces, ¿no es una droga, un… alucinógeno? —murmuró Craig.

—¡Ni de lejos! —exclamó Blansfield—. Una pastilla de éstas y un par de aspirinas viene a ser lo mismo.

—¿Eso es todo? —insistió Craig.

—Hombre Craig, ya te lo he dicho, ¿no? ¡Deja de fastidiar, estoy muy cansado! Y te advierto que le diré a Dorothy que llego más tarde que de costumbre por culpa tuya. Por cierto —Blansfield dirigió una sonriente mirada de reojo a Prudence—, ¿todavía no piensas en casarte?

—El año que viene —sonrió Craig.

—Ya. Bueno, no quiero parecerte descortés, pero…

—¿Te importa que utilice tu teléfono?

—Tienes dos minutos —gruñó Blansfield—: el tiempo de quitarme la bata y recoger mis cosas.

Salió del despacho en el que le habían estado esperando mientras analizaba una de las pastillas rojas. Craig consiguió localizar a Brett Lanigan en un bar, tras un par de llamadas previas que le pusieron sobre la pista.

—¿Brett? Hola. Soy Craig… No, no tengo ganas de repetir la cena a base de pato. Y sólo dispongo de unos segundos. Quiero que sigas trabajando en el asunto, pero discretísimamente… Eso es… No, hombre, no, la persona de la foto no. La otra, ya sabes, la que tiene un consultorio… Gracias. Adiós, Brett.

Cuando colgó, Mark Blansfield estaba ya esperando ante él.

Un minuto más tarde, se despedían en el estacionamiento subterráneo de la Northern Chemical. Mark Blansfield salió y Craig y Prudence se quedaron, ya en el coche del primero. Durante casi un minuto ninguno de los dos habló.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó de pronto Prudence.

—Lo más práctico, aparentemente, sería ir a ver a tu madrastra y preguntarle qué significa lo del hámster decapitado, pero me temo que esto podría complicar las cosas, ya que su reacción es imprevisible. Por otro lado, prolongar esta situación podría llegar a ser muy peligroso… Parece evidente que el profesor Ashenden está aconsejando a Rebecca que propine palizas a tu padre mentalmente, y cosas así, pero yo diría que las cosas están pasando a mayores.

—¿Qué quieres decir? —se sobresaltó Prudence.

—¿No lo entiendes? —susurró Craig, mirándola fijamente—: El hámster decapitado es tu padre.

—¡Dios mío! ¡No!

—Ojalá me equivoque, pero temo que no es así. Primero, Rebecca dio unas palizas o algo así a tu padre. Ahora, lo ha convertido en un hámster y lo ha decapitado… Lo que me espanta es la pregunta: ¿hasta dónde puede llegar tu madrastra en este juego?

—Te… te… tenemos que… que avisar a papá… ¡Tenemos que…!

—Tranquilízate, tengo la impresión —intentó sonreír—, de que en la actualidad, y aunque sólo sea por unas horas o un día, alguien ha desbancado a tu padre en la imaginación de Prudence…

* * *

—¿De modo que has pretendido burlarte de mí, asqueroso y miserable cerdo? ¡Pues vas a tener motivos para arrepentirte, te lo juro!

Sí señor, allá lo tenía. Alto, guapo, rubio, elegante a pesar de su informal indumentaria, educado y con clase… ¡Y tan atractivo! Tanto, que ella se le había ofrecido… ¿Y qué había hecho él? Pues, había aceptado, le había dicho que tenía que telefonear, y la había dejado esperando como una estúpida en el coche, hasta que, irritada, fue a la cabina telefónica y no lo vio allí. Era muy fácil de comprender: el guapo sujeto llamado simplemente Craig la había dejado plantada como una vulgar prostituta.

Ah, pero las cosas habían cambiado. Ella lo había encontrado muy fácilmente, y ahora lo tenía ante ella, indefenso. ¡Cómo lo había engañado! Había conseguido encontrarlo, y, simulando no estar molesta por el plantón anterior, había insistido en invitarlo a una copa. Él no había tenido más remedio que aceptar, porque ella puso en la invitación todo el encanto y la sugestión de su belleza prometedora. Habían subido al apartamento propiedad de su amiga Patty Ramsey, que ésta utilizaba para engañar diariamente a su marido, y del cual le había dado una llave por si algún día decidía hacer ella lo mismo. Oh, ¿qué habría hecho ella sin Patty, si no la hubiera conocido?

La copa con que había obsequiado a Craig contenía un narcótico, y ahora él yacía dormido sobre la alfombra. Lo demás iba a ser muy fácil.

Facilísimo.

Lo primero que hizo fue desnudarlo completamente. Tenía un cuerpo fino pero fuerte, atlético, bien musculado. Un poco blanco, quizá. Sí, Craig necesitaba tomar más el sol. Ah, pero era hermoso, desde luego, esto era indiscutible. ¡Muy hermoso por ahora!

Ya desnudo, lo llevó al cuarto de baño, y lo metió en la bañera, jadeando por el esfuerzo. Luego, consiguió algunos hilos eléctricos que arrancó de algunos aparatos de la cocina, lo ató de pies y manos muy fuertemente, y acto seguido lo sujetó a los grifos de la bañera. Ajajá, ¡no podría salir de allí de ninguna manera!

Entonces se dispuso a esperar. Sabía que no tardaría mucho en despertar, no más de media hora, desde luego.

Y tuvo razón. Apenas veinte minutos más tarde, el llamado Craig despertó. Primero pareció permanecer unos segundos como flotando en los restos del artificial sueño. De pronto la miró y se quedó así, parpadeando, iniciando una sonrisa. Pero enseguida se dio cuenta de cuál era su situación y la alarma apareció en sus hermosos ojos claros.

Ella se echó a reír.

—¡Hola. Craig! —saludó alegremente—. ¿Has dormido bien?

—¿Qué significa esto? —susurró él.

—Significa, pura y simplemente, que te odio. Y que voy a dar plena satisfacción a ese odio. ¿Qué dirías que es esto?

La mirada de Craig saltó hacia el artefacto mostrado, apto para planchar ropa. Una vulgar plancha. Se pasó la lengua por los labios y no dijo nada. Ella volvió a reír.

—Está ya muy caliente —dijo—. ¡Compruébalo!

Colocó la plancha de lleno sobre su mejilla izquierda. Craig emitió un alarido tremolante y estuvo a punto de desmayarse, mientras el olor a carne quemada llenaba el cuarto de baño y Rebecca reía de nuevo.

—¡Puedes gritar todo cuanto quieras, pues nadie va a oírte! —aseguró—. ¡Nadie más que yo, y precisamente a mí me encantará que grites! ¡Grita más…! ¡Grita!

Colocó la plancha sobre el vientre de Craig. Éste volvió a gritar de modo espeluznante, arqueando su cuerpo, tirando con tal fuerza de sus ligaduras que pareció capaz de arrancar los grifos de la bañera. Pero no: resistieron. Craig quedó semiinconsciente, mientras de su quemada carne ascendía un humo de intenso olor.

—Pobrecito —susurró compasivamente Rebecca—. ¡Pobrecito mío, que no ha querido complacer mi deseo! ¿Te estás quemando, querido mío? ¡Oh, corro en tu auxilio enseguida…! ¡Voy a echarte agua fría sobre tus quemaduras, para aliviarte…!

Abrió el grifo de la ducha y el agua caliente cayó sobre Craig, que se agitó, y comenzó a aullar a medida que toda su piel era escaldada por el agua cada vez más caliente.

Cada vez más caliente.

Más caliente.

Más. Más. Más.

Craig ya no gritaba. El agua ardiendo caía sobre su cuerpo inmóvil. La piel se iba desprendiendo lentamente, igual que la de un tomate hervido. Rebecca cerró el grifo y se quedó mirando cómo la piel se iba desprendiendo y deslizando hacia el fondo de la bañera. Sí, como la de un tomate hervido. Dejó la plancha a un lado y procedió a desplazar la piel, arrancándola a grandes trozos, que iba tirando a un lado…

¡Qué cosa tan extraordinaria, el cuerpo de Craig estaba de un color rojo intenso increíblemente bellísimo! Él había abierto los ojos y la miraba mientras ella lo iba despellejando hábilmente. Ahora, los ojos de Craig no eran de aquel hermoso tono azul-gris claro, sino negros.

Tenían la negrura del miedo. Se habían vuelto negros de puro miedo, de espanto, de terror. ¡Qué cosa tan curiosa aquel cambio del color de los ojos!

—Estás cocido como un tomate, amor mío —dijo ella—, pero como resulta que a mí los tomates no me gustan, has conseguido hacerme enfadar de nuevo. Eres muy malo, ¿sabes?

Quiso darle un tirón de una oreja…, y la oreja se desprendió suavemente y quedó entre sus finos dedos manicurados. Rebecca se quedó mirando atónita la oreja. Miró a Craig, que estaba llorando silenciosamente, y le sonrió.

—Oh, vamos, no debes ponerte triste, amorcito —le dijo cariñosamente —. ¡Me gustas tanto que no voy a desperdiciar nada de ti! ¿Ves? ¡Nada se desperdicia!

Se comió la oreja cocida. Craig lloraba torrencialmente ahora. Quiso decir algo, y entonces la lengua, cocida, saltó de su boca. ¡Era graciosísimo!

—Debías ser más tierno de lo que imaginaba —dijo Rebecca—. O quizá te he hervido demasiado. Y no puedo con sumirte en estas condiciones, me repugnas. De modo que vamos a lo que pensé para ti desde el momento en que me di cuenta de que me habías dado plantón. Yo esperaba de ti determinada cosa, determinado placer, y tú me lo negaste, ¿no es cierto? Pues bien, a fin de que nunca puedas darle eso a ninguna otra mujer en tu vida… ¡mira lo que te hago con la plancha!

Aplicó la plancha, y Craig quiso volver a gritar, pero no pudo, no podía de ninguna manera…

* * *

—Pero mientras se limite a usar sólo la imaginación, no debemos preocuparnos —dijo Craig—. Bien, no podemos quedarnos todo el tiempo en este estacionamiento. Te llevaré a tu casa… Aunque sería mejor que ella no nos viese juntos. Y además, debiste dejar tu coche delante mi consultorio, ¿no? Te llevaré allí.

—Craig… Craig, no me atrevo a volver a casa, no me atrevo a estar con ella. ¡Y tenemos que avisar a mi padre!

—Quizá tengas razón —tuvo que admitir Craig—. Pero no me parece prudente que yo me deje ver por tu madrastra, de momento. Lo mejor sería que le llamásemos por teléfono y lo citáramos en alguna parte donde pudiéramos hablar con él tranquilamente y explicarle lo que está sucediendo. Vamos a buscar un teléfono por ahí fuera.

Salieron del estacionamiento. No tardaron en encontrar una cabina, y Craig decidió llamar él, pues temió que el nerviosismo de Prudence alarmara visiblemente a su padre y si Rebecca estaba con él se diese cuenta de que algo extraño sucedía…

—Yo llamaré —dijo—. Espérame en el coche.

Se apeó y se metió en la cabina. Comenzó a marcar el número de la casa de Prudence… Mientras tanto, sin darle la menor importancia, miraba el coche que acababa de detenerse delante del suyo, también en doble fila. Otros que querían telefonear… Del coche recién llegado se apearon dos hombres, pero no fueron hacia la cabina, sino hacia su coche. Craig se quedó pasmado al ver que los dos desconocidos, tranquilamente, se metían en la parte de atrás de su coche. Colgó, salió de la cabina, y metió la cabeza dentro de su coche, tras abrir la portezuela izquierda de atrás.

—Oigan, ¿pueden decirme…?

El silenciador de una pistola quedó casi tocando su nariz. Por detrás del arma sonó la voz de uno de los hombres:

—Doctor Maxwell, póngase al volante y conduzca detrás del coche que tiene ahí enfrente. Si no lo hace, simplemente vamos a matarlo a usted y a la señorita Norris. No es ninguna broma y no queremos perder el tiempo en tonterías. Así que, ¡suba!

Craig miró a Prudence, que había vuelto la cabeza y contemplaba la escena con expresión desorbitada. El otro hombre apuntaba a la cabeza de la muchacha con su arma también provista de silenciador. No, no era ninguna broma, no hacía falta ser psiquiatra para comprenderlo.

—Está bien —murmuró.

Se puso ante el volante. El otro coche reanudó la marcha, y Craig partió acto seguido.

No se dirigieron hacia Manhattan, sino que se fueron alejando de New Jersey tierra adentro. En determinado momento, supo que estaban cerca, de la localidad de Passaic. Fue entonces cuando el hombre que tenía a su espalda directamente ordenó:

—Detenga el coche unos cincuenta metros más adelante, detrás de la camioneta que verá estacionada junto a la carretera. Luego, salgan los dos y vayan hacia la camioneta.

Ya era de noche. Cuando Craig detuvo el coche detrás de la camioneta pensó que si hubiera estado solo habría podido correr hacia el bosquecillo y escapar. Era una posibilidad, pero sabía que Prudence no podía seguirlo. Ni pensar en dejar sola a Prudence. Así que iras detener el coche, se apeó, se reunió con la muchacha, y fueron juntos hacia la camioneta, llevando detrás a los dos hombres armados. Vieron un hombre al volante de la camioneta, pero éste indicó hacia la parte de atrás, las dos puertas estaban ya abiertas cuando llegaron a la parte posterior del vehículo. Había allí otros dos hombres, vestidos de modo más vulgar.

—Tenemos que inyectarles anestesia para llevarlos a determinado lugar —dijo uno de éstos—. ¿Prefieren que lo hagamos a las buenas, o recibir antes un golpe en la cabeza?

Prudence Norris se echó a llorar. Craig la abrazó y murmuró:

—No tienen por qué ser violentos.

Subieron a la camioneta, cuya caja de carga estaba vacía. Primero le inyectaron a él, y todo fue tan rápido que cuando inyectaron a Prudence él ya no pudo verlo.

CAPÍTULO VII

A quien primero vio, tras regresar pesadamente del sueño, fue a la señora Loomix. Se quedó mirándola, turbia la mirada, sin comprender todavía. La pregunta fue concretándose muy despacio en su mente: ¿qué ocurría?

La señora Loomix parecía bailar ante él, en un extraño vaivén. Había una luz en alguna parte, pero también bailaba… Se quedó dormido. Cuando volvió a despertar ya no se sintió tan pesado. Todo parecía haberse estabilizado.

Vio de nuevo a la señora Loomix. Sí, era ella, su eficaz enfermera-secretaria ayudante… Estaba en un sillón, pero no dormida, como antes, sino despierta, mirándole muy asustada. Él también estaba en un sillón. Se acomodó mejor. Vio a Prudence dormida en otro sillón.

De pronto, lo recordó todo, lanzó una exclamación y se puso en pie. La cabeza le dio vueltas. Cayó sentado de nuevo y permaneció unos minutos con los ojos cerrados, recordándolo todo. Pero no podía comprender qué hacía allí la señora Loomix. Él y Prudence sí, estaban en una casa a la que habían sido llevados en la camioneta, pero…, ¿qué hacía allí la señora Loomix?

Abrió los ojos, la miró y preguntó:

—¿Qué hace usted aquí, señora Loomix?

Su propia voz le pareció como pastosa, quizá envuelta en algodones; lenta, pesada, un tanto torpe.

—Dos hombres me trajeron —gimió la mujer—. ¡Dijeron que me iban a matar si me resistía, doctor! Subieron al consultorio poco después que usted y la señorita Norris se fueron.

Craig asintió con la cabeza. Vagamente, comprendía que la culpa de todo era suya, en realidad. Siempre y cuando todo aquello estuviese relacionado con el profesor Ashenden, claro, pues de otro modo no comprendería nada. Y si era cosa de Ashenden, ¿significaba que éste utilizaba matones o pistoleros?

Se pasó la mano por la frente, y miró a Prudence, que seguía durmiendo profundamente. Cuando miró su reloj calendario se sorprendió realmente. Ya era el día siguiente. El reloj señalaba las cinco. ¿De la madrugada o de la tarde siguiente? Bueno, una anestesia no podía durar tantas horas, así que debían ser las cinco de la madrugada.

—¿Ha visto usted a alguien? —preguntó a la señora Loomix—. ¿Le han dicho algo, sabe algo?

—No… Todo lo que sé es que estoy muy asustada.

Craig asintió sombríamente y se abstuvo de comentar que él también lo estaba. Se puso en pie de nuevo y esta vez no sintió mareo alguno. Estaban en un saloncito de muebles modestos y viejos. Había una ventana amplia a su izquierda, pero cuando intentó abrirla comprobó que había sido clavada por el exterior. La puerta estaba cerrada con llave.

Tras comprobar que Prudence estaba bien, que simplemente dormía, volvió a sentarse.

No se le ocurría qué otra cosa podía hacer salvo esperar.

* * *

Tuvieron que esperar doce horas, nada menos. No vieron a nadie, no oyeron nada, ni les trajeron comida, ni tan siquiera agua. Unos vanos intentos de abrir la puerta y la ventana desalentaron a Craig, cuya preocupación por la pobre señora Loomix y por Prudence iba en aumento.

Finalmente, poco después de las cinco de la tarde oyeron ruido en la puerta y ésta se abrió. El profesor Ashenden entró, acompañado por dos hombres que empuñaban sendas pistolas.

—Celebro comprobar que están ustedes bien —dijo, sonriendo siniestramente—. Van a ser los protagonistas de la fiesta.

—Escuche usted… —empezó Craig.

—Escuche usted, doctor Maxwell: ¿cree que soy un cretino? Bien, no creo que piense eso. En realidad el cretino es usted. Se presenta en mi consultorio, da su verdadero nombre pero una profesión falsa, y se somete a una consulta que por supuesto no necesitaba. Ni está usted casado, ni tiene problema alguno. Hasta aquí, bien; yo habría aceptado esa pequeña tontería como… curiosidad profesional por su parte hacia mí. No me habría sorprendido que un psiquiatra doctorado hubiera querido saber qué cosas hacia el profesor Ashenden, así que, amigo mío, lo acepté, le seguí el juego. Cuando usted entró en mi despacho yo ya había consultado el directorio telefónico y encontrado el nombre de usted, su dirección, teléfono y profesión. Me burlé un poco de usted, le di unas pastillas que no sirven para nada y que jamás podrían incriminarme en ningún sentido y le saqué cien dólares. Divertidísimo. Pero soy muy precavido, así que cuando usted salió de mi consultorio, dos amigos míos le estaban esperando para seguirle y ver si la cosa tenía más trascendencia de lo que yo había pensado. Nada especial, salvo su charla con la señora Norris, que se metió en su coche. Usted telefoneó, mis amigos le siguieron luego a su consultorio… Hasta aquí, nada inquietante. Pero, doctor Maxwell, poco después salía usted acompañado de la señorita Norris, y cuando supe eso si me preocupé, ya que era evidente que ésta le había dicho algo; algo que le impulsó a usted a localizarme, y eso sólo pudo hacerlo por medio de la señora Norris. ¿Fue así?

—Sí. La estuve siguiendo a ratos algunos días y la vi entrar en su consultorio.

—De acuerdo. Pero ¿por qué la siguió?

—La señorita Norris me dijo que su madrastra estaba rara y vino a ver si yo, como psiquiatra, podía ayudarla, pero convinimos que antes de dirigirme directamente a la señora Norris la pondría en discreto estudio durante unos días.

—Ya. ¿Y qué es lo que vio usted de raro en la señora Norris, señorita Norris? —miró Ashenden a Prudence.

—Yo… yo veía… que miraba de un modo… horrible a mi padre.

—Ah, sí… Debía estar gozando de las muchas torturas a las que lo ha estado sometiendo —sonrió Ashenden—. Pero ustedes ya saben eso, ¿verdad? Lo que no saben es que la señora Norris recibía unas pastillas rojas que no eran como las del doctor Maxwell, sino… realmente estimulantes; sobre todo si en lugar de dejarlas disolver lentamente en la boca son rápidamente masticadas. Entonces, producen un aroma peculiar, y sus efectos son mucho más profundos.

—¡Ese es el olor que yo…! —exclamó Prudence.

—Espero que comprenda usted que acaba de admitir que utiliza drogas con sus clientes, Ashenden —dijo secamente Craig.

—Con los que merecen mi confianza, sí —asintió el notable e impresionante Calvin Ashenden—. Y sólo cuando me aseguro de que van a seguir siendo buenos clientes, como es el caso de la señora Norris.

—Usted está loco —gruñó Craig—. ¡No puede haber nadie en el mundo tan chiflado como para seguir sus consejos durante mucho tiempo! ¡Todo eso de pegar palizas, o torturar, o…!

—Lo que usted ignora, doctor Maxwell, es que cuando llega el momento oportuno yo convierto los deseos en realidad.

—¿Qué?

—Que las alucinaciones pasan a ser realidades.

—Pero ¿de qué está usted hablando? —exclamó Craig.

—La mayor parte de mis clientes, en efecto, se cansan pronto del juego de las alucinaciones en las que, simplemente, propinan palizas y cosas así, y acaban por dejar de acudir a mi consultorio. Muy bien, les he hecho divertirse unos días o unas semanas, ellos me han dado su buen dinero y asunto terminado. A algunos de ellos incluso les curo el odio que sienten hacia sus amigos o parientes, por ese sistema de descongestión mental y emocional. Esos llegan, se van y dejan de interesarme. Pero otros, como la señora Norris, se van engrescando en el juego de las alucinaciones, y finalmente, en lugar de abandonar el juego lo que desean es que deje de ser un juego, que se convierta en realidad. ¿Me va comprendiendo?

—Me resisto a comprender —jadeó Craig.

—¡Oh, vamos…! Mire, hay algunas personas cuya capacidad para el odio es enorme, increíble. Y cuando se ponen a odiar ya nada puede detenerlos. Se les ha contenido unos días o semanas con alucinaciones, pero pronto eso no basta. Entonces, pasamos a los hechos reales. Tengo muchos y muy buenos clientes de ésos, doctor Maxwell. Clientes que no se han conformado con torturar o matar mentalmente, sino que finalmente han pasado a la acción directa y auténtica.

—Dios mío —gimió Prudence—. ¿Quiere decir que… que Rebecca piensa… proyecta… hacer realmente daño a mi padre?

—Por el momento ha aceptado venir hoy a la orgía de sangre, lo que, generalmente, es el primer paso.

La señora Loomix emitió un ronco sollozo, y casi se desmayó. Prudence, lívido el rostro, no acertó a reaccionar. Craig, no menos pálido que la muchacha, murmuró:

—¿Orgía de sangre?

—Es un juego muy divertido, para participar en el cual hay que abonar dos mil quinientos dólares. A los más ricos les cobro cinco mil, y ha habido algún caso excepcional de diez mil. Y luego, además, está lo que se le cobra al anfitrión o anfitriona, y que es siempre la cantidad más sustanciosa.

—Pero ¿de qué está usted hablando? —insistió Craig, casi gritando.

—Para que lo entiendan, vamos a poner como ejemplo un caso concreto, con nombres concretos. Supongamos que la señora Norris ha llegado ya al paroxismo de su odio hacia su marido, el señor Ronald Norris. Ya no se conforma con sus divertidas alucinaciones, sino que quiere que él muera realmente. Está claro que si lo matase ella misma, todo se echaría a rodar, ya que, al no ser profesionales, nuestros clientes cometerían muchos errores por bien que les presentásemos el crimen y su coartada. Así, en el caso de la señora Norris, si ésta matase al señor Norris la policía la descubriría muy pronto, ¿no les parece? Por lo tanto, invertimos las muertes: la señora Norris no asiste a la muerte de su marido, se convierte solamente en la anfitriona. Lo cual funciona de este modo: la señora Norris me visita, y me dice que quiere ser la anfitriona de la próxima orgía; convenimos el precio, ella me paga y se va a su casa. Pocos días después, yo la llamo por teléfono y le digo que la fiesta tendrá lugar esa tarde a las seis, por ejemplo. Ella entiende perfectamente, se aísla y se pone a gozar de alucinaciones que se están convirtiendo en realidad, ya que, mientras ella mata mentalmente a su marido, sus invitados lo están haciendo realmente, aquí, en este lugar al que habríamos traído al señor Norris. Esos invitados, a su vez, se convertirán en anfitriones en determinado momento, y como ya habrán sido antes invitados, sabrán cómo está muriendo la persona indicada. De este modo, todos van disfrutando del placer de dar muerte a alguien físicamente, y luego, pueden mentalizarse mejor a la hora de dar muerte mentalmente a la persona odiada, que está siendo asesinada por sus invitados. Luego, nosotros nos encargamos de hacer desaparecer el cadáver y el anfitrión no tiene otra cosa que hacer más que seguir la corriente al asunto, esto es, llamar por fin a la policía, decir que su marido, o nuera, o cuñado, o quien sea, ha desaparecido, etcétera. Y por supuesto, el anfitrión tiene una magnifica coartada, claro está, de modo que nunca se podría ni tan siquiera sospechar de él o ella… ¿Lo ha comprendido por fin, doctor Maxwell?

Craig Maxwell había comprendido perfectamente, pero no tenía la menor capacidad de reacción en aquel momento. La señora Loomix se había desmayado y Prudence estaba a punto de hacerlo.

Calvin Ashenden sonrió amablemente.

—Tengo la impresión de que están ustedes un poco asustados. ¿Les asusta el odio? Pues es lo que más abunda en este mundo, doctor Maxwell. ¿No lo sabía usted? Es por eso que sé que dentro de poco la señora Norris llegará al límite, y se convertirá en anfitriona. Mientras tanto, esta tarde sólo estará aquí como invitada.

Prudence emitió un grito entrecortado y escondió el rostro tras las manos. Craig pudo tartamudear:

—¿Quiere decir que la señora Norris va a matar a alguien esta… esta tarde…?

—Junto con otras personas que han aceptado la invitación. Es por eso que sé que dentro de poco será ella la anfitriona y, mientras sus invitados estarán matando aquí al señor Norris, ella estará gozando de magníficas alucinaciones en su propia casa.

—Dios… ¡Dios! Esto no puede ser cierto, es una pesadilla horrenda que…

—Digamos que es una alucinación —rió Ashenden—. Pero no se preocupen: no les durará mucho.

—¿Qué… qué quiere decir?

—Me parece que todavía no ha entendido usted que esta tarde el anfitrión soy yo mismo, doctor Maxwell. Si lo examina con detenimiento verá que tiene no poca gracia: yo cobro, pero no pago. Esta tarde, mis clientes van a pagar por eliminar a mis personas odiadas. ¿No le parece gracioso? Me pagan y encima me quitan de en medio personas poco gratas para mí. Soy un anfitrión especial, claro está.

Craig comprendió por fin lo que Ashenden estaba diciendo: él era el anfitrión…, y sus tres prisioneros iban a ser las víctimas de una orgía de sangre. Quedó lívido, con la sensación de que en su cuerpo no quedaba ni una sola gota de sangre.

—Me parece que por fin ha comprendido usted —dijo amablemente Ashenden—. Bueno, vayan preparándose: dentro de poco vendrán a buscarlos para llevarlos a las pocilgas.

Cada palabra de Ashenden era como un mazazo terrible en la fría frente de Craig Maxwell. La puerta se cerró, de nuevo quedaron solos los tres. Prudence estaba llorando ahora copiosamente, con profundos hipidos. Craig seguía con la sensación de estar recibiendo mazazos en la frente.

Miró a Prudence, que estaba sollozando. Quiso decirle algo que la consolara, pero no se le ocurrió de ninguna manera. Ni siquiera se le ocurrió decirle que todo habría sido mucho más sencillo si él hubiese abordado directa y francamente a su madrastra: o aunque hubiera sido solapadamente.

—¿Qué ha querido decir? —sollozó Prudence, mirándole con los ojos arrasados en lágrimas—. ¿Qué… qué ha querido decir con eso de… de que nos van a llevar… a la pocilga?

—No lo sé —murmuró Craig.

CAPÍTULO VIII

No tardaron mucho en saberlo.

Apenas media hora más tarde aparecieron los dos hombres que les habían inyectado en la camioneta y el que la había conducido. Tras ellos, los otros dos, siempre con las armas en la mano, apuntándoles.

—Vuélvase de espaldas, doctor Maxwell —ordenó uno de ellos—. Y si intenta algo contra nosotros mataremos a la señora Loomix.

Craig se puso en pie y se volvió. Le ataron las manos a la espalda, con cordeles finos pero fortísimos. Luego hicieron lo mismo con Prudence y la señora Loomix. Entonces los hicieron salir de la salita. Había un pasillo, luego un vestíbulo… La casa era grande, de aspecto bastante descuidado, parecía una granja… Una granja… Las pocilgas.

Salieron por la parte de atrás de la casa. El sol estaba ya declinando, y soplaba un ligero airecillo que llevaba olores campestres, que pronto quedaron anulados por el más intenso a pocilga. Olor a pocilga.

A poca distancia de la parte de atrás de la casa vieron la gran construcción de una sola planta, enorme, sucia. A medida que se iban acercando comenzaron a oír los gruñidos de los cerdos. Craig sintió un ramalazo de frío en la espalda, que pareció llegar a los talones y volver como un gélido calambre a la nuca. Prudence caminaba a su derecha y la señora Loomix a su izquierda. Cualquier posibilidad había dejado de existir. Lo único que podía hacer contra aquellos hombres era revolverse contra ellos, pero sabía que no conseguiría nada.

Ni siquiera le matarían. Simplemente, le golpearían, y de todos modos lo llevarían a la pocilga. Y si se encontraba en malas condiciones todavía podría hacer menos por Prudence y la señora Loomix… si es que iba a poder hacer algo por ellas.

Se oía cada vez con más fuerza el gruñir de los cerdos. Sí, en aquella granja criaban cerdos. Debían estar a considerable distancia de Nueva York. Ochenta, cien kilómetros, tal vez más.

Llegaron ante la gran doble puerta principal de la pocilga. Craig reparó en que las ventanas del sucio edificio estaban todas cerradas y aseguradas por fuera. Lo habían estado preparando todo en aquella media hora… Cuando la doble puerta fue abierta el gruñir de los cerdos les llegó como una oleada de rugiente furia. La señora Loomix se detuvo, quedó como clavada al suelo.

—No teman —rió uno de los hombres—, los cerdos no les harán nada mientras estén vivos.

De nuevo Craig sintió como un mazazo en plena frente, al comprender en el acto lo que aquello significaba. Los cerdos no les harían nada mientras estuviesen vivos, pero los devorarían, con seguridad, cuando estuviesen muertos. De ellos sólo quedarían los huesos, que serían triturados, o quemados. No quedaría ni rastro de sus cuerpos.

—Vamos, adentro —les ordenaron.

Y fueron empujados. La puerta se cerró tras ellos. Por un momento todo fue oscuridad absoluta, pero pronto vieron rayas de luz que entraba por algunas grietas, y por junturas de las ventanas. ¿Cuántos cerdos debía haber allí dentro? ¿Cien? ¿Quinientos? ¿Mil? Su rumor era como el rugir de una estremecedora tormenta. ¿Dónde estaban? ¿En sus compartimientos? Sí, eso debía ser.

De pronto, dentro de la pocilga se encendieron algunas bombillas que pendían repugnantemente sucias del techo. Una iluminación difusa, amarillenta, se expandió por el interior de la maloliente construcción, en cuyo centro había un amplio pasillo. A los lados, los compartimientos. Ninguno de los tres se movía, parecían petrificados. Craig dio unos pasos y vio los primeros cerdos dentro de uno de los compartimientos. Había una enorme cerda y varios cerditos. En el compartimiento de enfrente al anterior había media docena de cerdos evidentemente jóvenes, hozando en la comida que se deshilaba por la canal de alimentación.

—Dios tenga piedad de nosotros… —gimió la señora Loomix.

La miró. La pobre mujer estaba demudada, pero parecía haber recobrado la serenidad. Prudence se limitaba a mirarlo a él fijamente, como si esperase que realizase un milagro o algo parecido. El gruñir de los cerdos había aumentado, era ahora más intenso, como si el mar se hubiera embravecido.

Craig vio en uno de los tabiques de separación un gancho del que pendía un cubo, a la entrada misma del compartimiento. Se acercó y entró. Sus pies chapotearon en las deposiciones de un modo que no sólo le pareció repugnante, sino siniestro. Se colocó de espaldas al cubo y consiguió alzarlo del gancho. Lo tiró a un lado… Uno de los cerdos se acercó a Craig, y comenzó a olisquear sus piernas. Sin vacilar un instante, Craig aplicó al animal un tremendo puntapié en el morro. El cerdo chilló y se alejó, metiéndose entre sus compañeros, empujándose sus corpachones.

De espaldas al gancho, Craig comenzó a utilizarlo para dar tirones a los cordeles que sujetaban sus muñecas. Prudence y la señora Loomix se habían acercado y lo miraban. Prudence miró hacia el compartimiento donde estaba la gran cerda con sus cerditos y se dispuso a entrar allí para imitar a Craig con el correspondiente gancho, pero el psiquiatra, que captó su intención, gritó:

—¡No entres ahí, no en ese compartimiento! ¡Busca otro en el que sólo haya animales pequeños!

Cuando terminó de gritar todavía tenía los pelos de punta pensando en lo que podría haber ocurrido si la cerda de más de doscientos kilos se hubiera sentido en peligro por la presencia de Prudence en su «hogar familiar» y caminó en busca de un compartimiento de las características indicadas por Craig, que notaba ya la cesión de los cordeles. Uno de ellos se rompió. Estaba sudando. El hedor casi le mareaba. Se rompió otro cordel. Y otro.

Dio un tirón y sus manos quedaron libres. Justo en este momento, y cuando él lanzaba una exclamación de inútil triunfo, volvía a abrirse la gran puerta principal de la pocilga y comenzaron a entrar los… invitados.

Por encima del tabique, Craig se quedó mirándolos. Había en total ocho invitados, todos ellos cubiertos de pies a cabeza por largas túnicas blancas que culminaban en una capucha con orificios. Prudence gritó. La señora Loomix, demudada, entró en el compartimiento en el que estaba Craig, como buscando protección en él.

—Santo cielo —gimió la mujer.

Craig no podía creerlo. Hasta entonces, todavía había conservado una remota esperanza de que todo fuese una alucinación, una pesadilla, de que todo fuese mentira, y que no hubiese nadie capaz de seguir aquel juego, de participar en la orgía de sangre.

Pero tenía que rendirse a la evidencia. Cada una de aquellas personas fantasmales empuñaba un arma; armas blancas todas ellas. Horquillas para la paja, cuchillos, azadas, hachas… Las blancas túnicas caían sueltas, holgadas, pero revelaban las formas de los cuerpos femeninos de modo inconfundible en el torso. Había seis mujeres y dos hombres.

Fue uno de éstos quien señaló hacia ellos, en silencio.

Craig estaba comprendiendo que las túnicas y las capuchas no eran un capricho, una ambientación orgiástica solamente, sino también una actitud de discreción por parte de Ashenden y de los invitados; seguramente, cada uno de éstos había llegado por separado, y había sido provisto de la túnica. Así, cuando la orgia de sangre terminase y se separasen, ninguno sabría con quién había estado, nunca podrían reconocerse si volvían a encontrarse en la vida normal. Nadie sabría quién habría estado con él en la orgia de sangre…

Craig Maxwell reaccionó de pronto, saliendo al pasillo llevando de un brazo a la señora Loomix. Hubo un pequeño revuelo entre los invitados al ver que tenía libres las manos y pareció que los invitados querían salir de la pocilga, pero uno de los hombres, blandiendo un hacha, se adelantó dos pasos, gritando fuertemente:

—¡Yo me encargo de la cabeza de ese!

—¡Prudence! —gritó Craig—. ¡Sal de ahí!

La muchacha, que había entrado en un compartimiento pero que todavía no había conseguido romper sus ligaduras, acudió presurosamente junto a Craig mientras éste buscaba desesperadamente algún arma con la que hacer frente a los invitados.

No vio arma alguna, pero su mirada quedó fija en uno de los hilos eléctricos que se deslizaba adherido a la sucia pared. Entró rápidamente en el compartimiento, apartando a los cerdos a patadas, sin fijarse y sin importarle que fuesen grandes o pequeños. El alboroto en el compartimiento fue tremendo y se extendió rápidamente por toda la gigantesca pocilga.

Craig Maxwell llegó ante los hilos, se alzó sobre las puntas de los pies, los asió y dio un fortísimo tirón, tras gritar:

—¡No os mováis de ahí, Prudence!

En su mano brotó un chispazo azulado, se oyó su grito… La luz se apagó al producirse el cortocircuito. La sacudida repelió al joven psiquiatra fuertemente, tirándolo sentado sobre las heces. Craig lanzó un grito de asco, otro al notar un morro junto a él, y disparó su puño derecho. El gruñido del cerdo fue terrible, furioso. Craig se puso en pie y salió corriendo del compartimiento. Sus manos extendidas tocaron una cabeza femenina.

—¡Prudence! ¿Eres tú?

—Soy la… la… Señora Loomix…

La tomó de una mano, mientras notaba el contacto de otro cuerpo con el suyo. Esta vez sí era Prudence. La tomó también de una mano, igualmente por detrás, y empujó a ambas por delante de él, colocando su cabeza entre ambas.

—¡Caminen de prisa, quizá encontremos un compartimiento vacío, y nos esconderemos ahí!

Los cien, quinientos o mil cerdos estaban furiosos. Sus gruñidos lo llenaban todo. Aun así, por detrás de los tres llegó la voz masculina, irritada y vigorosa:

—¡No importa que no haya luz! ¡Así será más emocionante…! ¡Vamos a por ellos!

Craig volvió la cabeza. De nuevo por las grietas y junturas de las ventanas entraba un levísimo resplandor de luz vespertina. Con seguridad, insuficiente para que ellos fuesen vistos, pero suficiente para hacer resaltar las blancas túnicas. Al menos tendría esa ventaja: él vería mejor a los invitados que los invitados a él. Cada uno de ellos, como un blanco, impoluto fantasma, era visible en la pocilga sumida en oscuridad casi total.

En especial. Craig veía a uno de ellos, al hombre que manejaba el hacha y que caminaba bastantes pasos por delante de los demás sin gritar. Parecía haberse vuelto loco… O no. Simplemente, debía estar enloquecido por el deseo de matar.

—Si salgo de esta —pensó lúcidamente Craig Maxwell—, habré aprendido una buena lección… de psiquiatría.

Se detuvo, reteniendo a Prudence y la señora Loomix por sus manos atadas a la espalda. La idea había brotado de pronto en su mente: no esperaba tener grandes posibilidades contra ocho personas dispuestas a matar, aunque seis de éstas fuesen mujeres, pero quizá las tendría si les asestaba un buen golpe. ¿Y qué mejor golpe que silenciar al hombre que tanto gritaba y que los excitaba y enardecía?

—No se muevan de aquí —dijo a Prudence y la señora Loomix.

Se volvió.

La blanca figura continuaba avanzando por el amplio pasillo bastantes pasos por delante del grupo. Rugía y gritaba… Alrededor de él algo relucía otra vez. Craig comprendió que el invitado iba descargando golpes de hacha en el vacío a su alrededor, cada vez más sediento de sangre.

Silenciosamente, acudió a su encuentro, sintiendo ramalazos de frío en todo el cuerpo. En aquel momento lamentaba amargamente no haber proseguido sus clases de kárate junto a Brett Lanigan años atrás. Brett sí había continuado, pero él… Bien, no era momento para arrepentimientos.

El hacha seguía lanzando destellos alrededor de la blanca silueta. Se oyó el crujir de madera, el crepitar de astillas… Algunos cerdos chillaron horriblemente. Craig se colocó a un lado del pasillo, sin dejar de mirar la blanca silueta y el brillo del hacha, que giraba una y otra vez. De nuevo crujió la madera.

El invitado estaba a menos de seis pasos. Cinco, cuatro, tres, dos…

Justo en el momento en que el hacha estaba en alto y el invitado estaba a sólo dos pasos. Craig Maxwell dio un paso hacia él al mismo tiempo que disparaba su piel calculando lo mejor que pudo el blanco elegido. Notó cómo su pie se hundía blandamente en el cuerpo del invitado, que lanzó un espantoso berrido, se detuvo… El hacha cayó al suelo tras él. Craig vio cómo el invitado se desplomaba hacia delante, alcanzado de lleno en los testículos por la tremenda patada. Pasó por encima de él, tanteó, encontró el mango del hacha, y lo empuñó, gritando:

—¡Tengo un hacha ahora! ¡Mataré a quien se acerque a nosotros!

Mientras se incorporaba, vio ante él, a una distancia que no pudo calcular, la blanca masa de los invitados que se habían detenido. Oyó sus voces, captó sus movimientos. Tres de las siluetas siguieron acercándose y las restantes lo hicieron enseguida.

—¡Les digo que tengo un hacha! —gritó desesperado—. ¡No voy a vacilar en matarlos!

—¡Lo voy a ensartar! —oyó el agudo grito.

La blanca silueta corría hacia él. Lo iba a ensartar. Craig se sintió un instante como paralizado, hasta comprender que el invitado o invitada que corría hacia él empuñaba la horquilla para remover paja y que, lógicamente, debía llevarla ante él. Reaccionando, comenzó a retroceder y casi cayó al tropezar con el cuerpo del invitado al que había dejado sin sentido. Salvó el obstáculo. El invitado de la horquilla seguía acercándose rápidamente, gritando con una histeria alucinante.

Pasó por encima del otro, al que sin duda también debía estar viendo.

Craig se detuvo, calculó por la posición del mango en sus manos que el filo del hacha quedaba atrás, y lanzó un golpe paralelo al suelo y circular por delante de él, a media altura. Oyó el horrísono crujir de huesos, el alarido de espantoso dolor, y vio cómo la blanca silueta salía despedida hacia un lado, chocaba de lado contra el tabique de uno de los compartimientos, y caía casi encima del anterior invitado. Casi al mismo tiempo, sintió en el rostro el golpe de algo duro, que le produjo un intenso dolor bajo un pómulo. Dio la vuelta y se alejó corriendo hacia el fondo de la pocilga, notando en su rostro el calor de la sangre que se deslizaba…

—¡Vamos todos a la vez! —oyó—. ¡Vamos de una vez a descuartizarlos a los tres!

Voz de hombre. Es decir, que había roto varios huesos con el lomo del hacha a una mujer. ¡Por Dios…!

Tropezó con algo y el hacha escapó de sus manos. Supo que era Prudence cuando la oyó gritar.

—¡No grites! —jadeó—. ¡Soy yo! ¡No grites, o sabrán dónde estamos exactamente!

Se inclinó en busca del hacha. Por detrás de él oía el rumor de los pasos apresurados, de los gritos de furia. Tocó el mango del hacha. Volvió la cabeza y vio la blanca masa agitada acercándose rápidamente. Cientos de cerdos gruñían…

Y justo en aquel momento, afuera comenzó a resonar algo que tuvo más potencia que el griterío de los invitados, que el gruñir de los cerdos: las sirenas policiales.

Oyó las exclamaciones de Prudence, de la señora Loomix, incluso de los invitados, que se detuvieron atropelladamente.

—¡Dios mío! —oyó a la señora Loomix—. ¡Oh. Dios mío, no es posible!

Cierto. También aquello debía ser un sueño, una alucinación. Erguido, con el hacha en las manos. Craig veía las blancas siluetas ahora inmóviles, a incierta distancia. Las sirenas policiales seguían oyéndose fuertemente. De pronto, restalló el seco crujido de un disparo, luego otro, y otro… Una voz, ampliada por el megáfono policial, se dejó oír, pero Craig no pudo entender lo que decía. Los cerdos gruñían más y más enloquecidos. Sonaron más disparos. Acto seguido, se oyó una sorda explosión. De nuevo la voz ampliada por el megáfono policial. Más disparos…

Los invitados corrían ahora hacia la salida de la pocilga.

Craig dejó caer el hacha y buscó los cuerpos de la señora Loomix y de Prudence. Estaban sonando más disparos. Volvió la cabeza y ya no vio las blancas siluetas de los invita dos… Pero la puerta no se había abierto, de modo que debían continuar dentro de la pocilga, escondidos en algún compartimiento, o en varios.

Finalmente. Craig llegó al fondo de la gigantesca nave maloliente. Todavía oyó varios disparos más, gritos. Por las grietas se filtraba ahora una luz diferente, intensa. Ya anochecía y la Policía había encendido y orientado debidamente los faros de sus coches, quizá focos portátiles, o linternas…

Ya no se oían disparos.

Durante un par de minutos todo fue silencio.

Silencio absoluto.

De pronto, la puerta de la pocilga se abrió, allá abajo, y aparecieron varias siluetas de oscuras ropas.

—¡Craig! —llegó la voz de Brett Lanigan—. Craig, ¿estás aquí?

Craig Maxwell se irguió. Quiso gritar y no pudo. Se aclaró la voz y lo consiguió:

—¡Brett, cuidado! ¡Hay seis personas armadas escondidas aquí dentro!

—¡No te muevas de donde estás! —le llegó de nuevo la voz del detective privado.

A los pocos segundos comenzaron a aparecer luces en el interior de la pocilga. No menos de cinco agentes empuñando potentes linternas entraron, dirigiendo la luz hacia todos lados de la nave, cegando a Craig, Prudence y la señora Loomix allá al fondo.

Una recia voz masculina se dejó oír:

—¡Soy el teniente Dexter, de la Policía de New Jersey! ¡Salgan todos de ahí desarmados y con las manos en alto! ¡Salgan antes de cinco segundos o vamos a lanzar gases lacrimógenos! ¡Cinco segundos!

Primero apareció un solo invitado, fantasmal, grotesco ahora, vacías las manos enjoyadas que mostraba en alto. Luego otro… El hombre fue el tercero. En cinco segundos, todos estaban en el pasillo, y en otros tantos segundos se hallaban rodeados de agentes de policía, mientras Brett Lanigan corría hacia el fondo de la nave.

Cuando llegó allá, Brett Lanigan se quedó mirando a los tres personajes centrales de la orgia de sangre que, esta vez, no había podido ser culminada. Los tres le miraban como alucinados.

—Caramba —sonrió el detective—. ¡Vaya un lugar para citarse con una chica bonita, Craig!

Ese fue el momento justo que eligió la señora Loomix para volver a desmayarse, Lanigan se apresuró a hacerse cargo de ella, apartando a Craig, que lo intentó.

—Deja, deja… Ponte el pañuelo o algo en la cara: tienes sangre.

Tomó en brazos a la señora Loomix y se dirigió hacia la salida, seguido por Craig y Prudence en cuanto el primero desató las manos de la muchacha. Lanigan traspasó a un agente el cuerpo de la desvanecida señora Loomix, y volvió junto a su amigo.

—¿Estáis bien en lo que cabe?

—Sí —asintió Craig—. ¿Qué… qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? —Lanigan se pellizcó la barbilla, pensativo—. Pues mira, salí a dar un paseo por el campo, y casualmente vi esta granja y me dije: hombre, voy a ver cerditos por si mi cocinero chino quisiera…

—¡Brett, estoy hablando en serio!

—De acuerdo. ¿Acaso no me encargaste que me ocupase de ese profesor Ashenden? Pues lo hice. Cuando uno de mis hombres me avisó que salía de Nueva York, le dije que le siguiera, naturalmente, y que me dijera adónde iba. Cuando supe que se había alejado mucho, que había venido a una granja y cuando comprendí que pese a mis intentos no te iba a localizar, saqué mis cuentas, avisaré a un amigo que tengo en el Police Department y todo el engranaje se puso en marcha. No sé si me entiendes.

—Sí… Creo que sí —Craig consiguió sonreír.

—Magnífico.

Salieron de la enorme pocilga. Afuera, los invitados habían sido despojados de sus túnicas y todos estaban esposados, esperando la llegada de un coche celular que se los llevaría. Enseguida vieron a Rebecca, junto a una rubia de rostro demudado que más adelante sabrían que se llamaba Patricia Ramsey, la buena amiga Patty… Rebecca se los quedó mirando a los dos, fijamente, inexpresivo el pálido rostro. Brett Lanigan dio una muestra más de su, a veces, macabro humor. Señaló a Prudence y a Craig.

—Ya ve, señora, gracias a usted se han conocido y podrán ser felices hasta que el divorcio los separe, ya que no se los han comido los cerdos. ¿Le he dicho ya que está usted como un tren? Lástima que tardará algunos años en volver a circular, porque me habría gustado subir a él…

—¡Lanigan! —gruñó el teniente Dexter—. ¡Ya está bien!

—De acuerdo. Bueno, ¿qué? ¿Sabemos ya si ha quedado alguno vivo de los tipos que se resistieron?

—Un par de ellos, aunque heridos.

—¿Y el profesor Ashenden? —inquirió Craig.

—Ése ha muerto. Nos quedamos sin su declaración, que supongo sería la más importante.

—Quizá —murmuró Craig—, pero tendrán ustedes la mía, las de la señorita Norris y las de la señora Loomix, y si quieren llegar hasta el fondo del asunto, sólo tienen que ir a Nueva York a detener a la señorita Alice, la secretaria de Ashenden.

—Ajá —se animó la expresión del teniente—. ¡Estupendo! La verdad es que estoy deseando saber realmente de qué trata todo esto. ¡Me gustará mucho saberlo!

—Me parece que no —movió Craig la cabeza—. Me pare que no le gustará en absoluto, teniente.

ESTE ES EL FINAL

En cierto modo se sentía feliz, porque sabía que durante varios años nadie la iba a molestar, podría dedicarse a lo que más lo gustaba, esto es, a torturar a las personas que odiaba. Y odiaba especialmente a dos personas: Prudence y Craig Maxwell.

¡Ah, cuánto las odiaba…! Y precisamente por eso las estaba torturando en aquel momento. Una nueva tortura. Cada día, desde que veía el mundo a través de rejas, los sometía a una nueva tortura, cada día su imaginación era más fértil, incluso sin las pastillas rojas.

¡Cómo los hacía sufrir! Precisamente en aquellos momentos los tenía colgados por los pies, cabeza abajo, los dos desnudos, y acababa de castrar a Craig Maxwell, que sangraba espantosamente. Junto a él, Prudence gritaba enloquecida de pena y espanto.

—Pero, querida —le dijo amablemente Rebecca—, no debes gritar así, o te va a estallar la cabeza, ahora que la sangre se te acumula en ella… ¿Qué te ocurre? ¿Echas de menos a tu amorcito? Bueno, voy a hacer algo para aliviarte de tus sufrimientos y tus deseos. Precisamente, estaba pensando en ello…

Entonces, ¡oh, qué deliciosamente lo estaba pasando!, agarraba el palo de jugar al *baseball*, lo movía, lo manejaba con alegre soltura, y decía:

—De momento, jugaremos al *baseball*… Luego, utilizaré el palo para una cosa que seguramente te gustará mucho, pero ahora vamos a jugar al *baseball*. Y en este juego, tú eres la pelota, querida. Mejor dicho, tu cabeza es la pelota. Fíjate, fíjate…

Movía fuertemente el palo y la cabeza de Prudence resonaba de un modo blando, extraño, y era impulsada, arrastrando todo el desnudo cuerpo, que oscilaba. Y cuando la cabeza volvía, ¡zas!, volvía a darle un golpe formidable. ¡Qué bien se jugaba al *baseball* con la cabeza de Prudence! Y allá tenía a Craig, cabeza abajo, con los ojos muy abiertos, contemplando el juego estúpidamente mientras se iba desangrando por la bestial herida…

¡Era maravilloso!

* * *

Sólo que, mientras las alucinaciones de odio se sucedían en la ya desquiciada mente de Rebecca Sonnier, Craig y Prudence, en la realidad absoluta, estaban en su dormitorio; en el amplio dormitorio que compartían en la casa de la Quinta Avenida desde que se habían casado, hacía de ello casi dos meses, es decir, desde que terminó el juicio contra los «invitados» de aquel día y de otros muchos días anteriores, y cuyo fichero les había proporcionado, derrotada, la señorita Alice…

Prudence había terminado de desnudarse. Dijo:

—Llegó una postal de papá desde París. Asegura que está olvidando rápidamente todo aquel espanto, y que ha conocido chicas encantadoras.

—¿Chicas? ¿En plural?

—A docenas. Asegura que nunca más se casará, pero que, considerando que el mundo está lleno de chicas bonitas, y que a él le gustan…

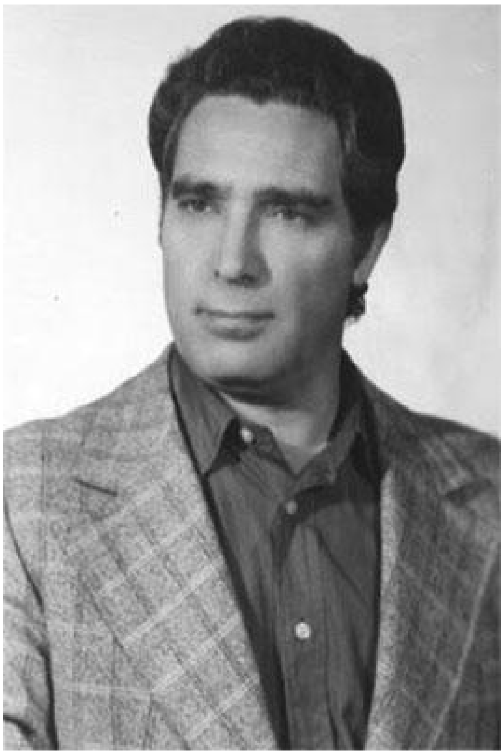
—En el mundo —dijo Craig, atrayendo a su esposa—, sólo hay una chica bonita de verdad: tú.

—Oh… ¿Y qué piensas hacer al respecto?

—¡Vaya pregunta! —Craig comenzó por besar las orejitas de su bella esposa—. Pues pienso hacer lo de todos los días. Espero que no te moleste.

—No —suspiró Prudence—. Más bien, todo lo contrario…

FIN



LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle.